

BUENAS, MALAS, FEAS Y SABROSAS PALABRAS DE CARACAS



Francisco Aguana Martínez

BUENAS, MAJAS, FEAS Y SABROSAS PALABRAS DE CARAGAS

© Francisco Aguana Martínez

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Francis Zambrano Espinoza

Coordinación general

Juan Carlos Torres

Edición

Freddy La Rosa

Diseño y diagramación

Elías Molina

Corrección

ISBN: 978-980-7719-07-0

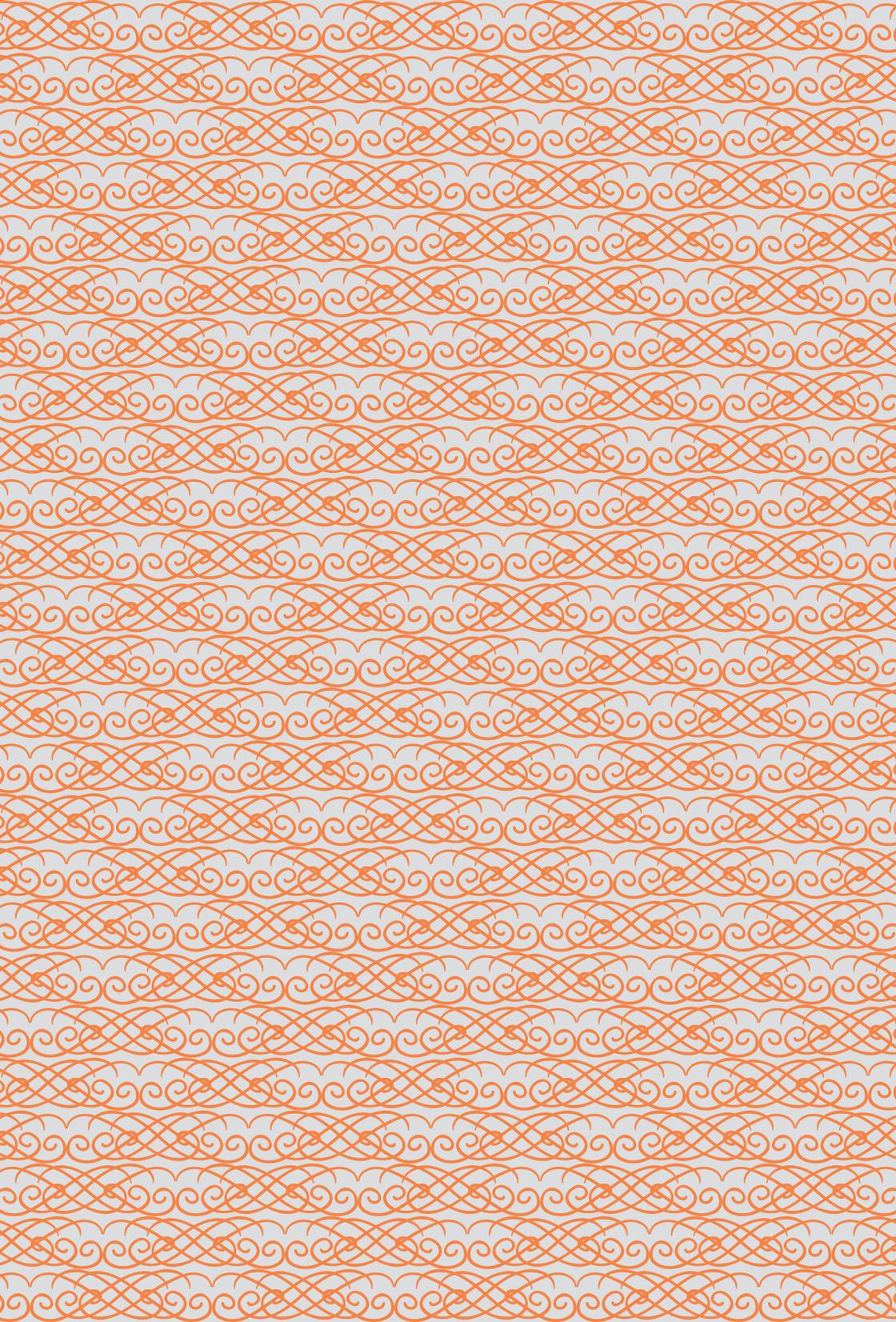
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

Francisco Aguana Martínez

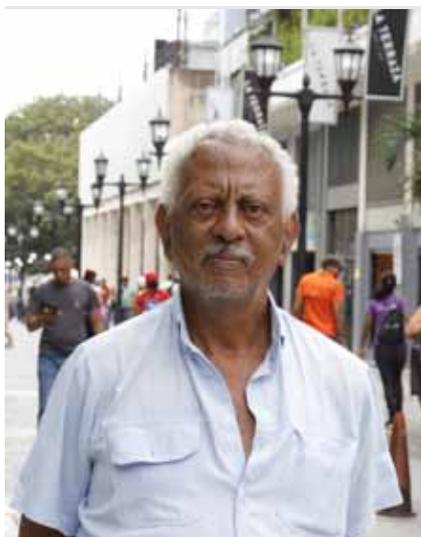


**BUENAS, MALAS, FEAS
Y SABROSAS PALABRAS
DE CARACAS**

Caracas, Venezuela
Noviembre 2022



BIOGRAFÍA



Francisco Aguana es uno de los cronistas que participó en la compilación de Antonio Trujillo, *Crónicas Comunes*, publicado en 2018 por Fondo Editorial de la Fundación para la Cultura y las artes de la Alcaldía de Caracas (Fundarte). Es un profesor jubilado que ha ejercido la docencia tanto en ambientes formales como en los no formales, comenzando desde primer grado, hasta pasar por la universidad. Su amplia experiencia se formó trabajando con niños de la calle y en comunidades organizadas. También ha llevado su conocimiento a cárceles y otros espacios no convencionales. Es licenciado en Educación, egresado del Centro de Experimentación para el Aprendizaje Permanente de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (Cepap-Unesr). Participó en el doctorado de Arte y Cultura Latinoamericana y del Caribe en el Instituto Pedagógico de Caracas. Estudió teatro en la ciudad de Valencia y en Caracas, en el

Instituto de Formación del Arte Dramático (IFAD), con Juan Carlos Gené, Rocío Rovira, Hercilia López, Carlos Jiménez, Enrique Porte y Rodolfo Santana. Además, estudió la licenciatura en Teatro hasta el cuarto año, en la Escuela Nacional de Arte Teatral de México. Asimismo, ha incursionado en las artes visuales ofreciendo talleres de fotografía y cine con niños y adolescentes, al igual que cursos de grabado en los talleres de la Unesr-Caricuao, y cursos de televisión en TV Caricuao.

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras de Caracas es una selección del trabajo que el maestro Francisco Aguana –porque por su larga experiencia docente solo podría llamársele con esta deferencia– ha compartido con nosotros, especialmente en el Semanario *Épale* de *Ciudad CCS*. Estas crónicas son una invitación para recorrer las calles y los distintos espacios de la ciudad de Caracas, para disfrutar del variopinto colorido que construye nuestro hablar cotidiano, en una urbe que transita entre el exuberante paisaje y el clima del trópico, en compañía del concreto, el ruido y el ajetreo diario que pareciera crecer a capricho, hablando un poco de esto o de aquello, sin pausa y sin ortografía.

CONTENIDO

PRÓLOGO / 8

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras / **11**

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras (II) / **19**

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras (III) / **25**

Buenas, malas, feas y sabrosas
palabras del habla popular caraqueña (IV) / **31**

Buenas, malas, feas y sabrosas
palabras de habla popular caraqueña (V) / **44**

¡¡Uuff chiamooo, semerenda nota !! (1) / **55**

¡Uuff chiamooo, semerenda nota! (y 2) / **61**

En la casa del dragón en Catia / **67**

De cómo un árabe en Catia
le ponía las tapitas a las muchachas / **76**

¿Se puede escribir guasap? / **85**

Catia, laguna de babel.
Con los pies pa'lante. Crónica de un velorio en Catia / **87**

PRÓLOGO

Al principio mete miedo. El título: *Buenas, malas, feas y sabrosas palabras*, tiende a insinuar que se trata de un arqueo del uso “adecuado” de la lengua en el estilo de los tratados que como el maestro Ángel Rosenblat, formularon un pormenorizado acercamiento al habla popular a través del empirismo metodológico, desde una perspectiva culta y erudita. Puede creerse que un señor de corbata y paltó, lentes culoé botella y pipa, se dedicó de nuevo con agudeza pedagógica a compilar otro acopio del rico muestrario de palabras nuestras, como novedoso aporte a la filología venezolana.

Nada que ver. Lo de Aguana es calle. Su abordaje no es abordaje ni es tratado ni es sutil. Es una colección de retazos silvestres, hermosamente zurcidos por un anecdotario tan doméstico que se vuelve familiar, que se comenta entre sorbos de café negrito y caladas de colillas viejas acumuladas en los bolsillos y a la intemperie, mientras él sigue observando a su alrededor a ver qué pasa para contarlo, además bien contado.

Con Aguana se nos amontona la nostalgia, se revela el Paraíso y se desvelan las maravillas de la floritura y el chanco del habla que se renueva cada día como el retoño salvaje que es, en la medida en que se trata de un organismo vivo que nace, crece, se reproduce y muere mientras la ciudad palpita desde lo más profundo de su magma calcáreo. Como denuncia Ivonne Bordelois, justo cuando “el presente sistema intenta aniquilar la conciencia lingüística en un tiempo diseñado para la esclavitud laboral, informática y consumista”.

Aguana no permite que eso pase, y alardeando de una memoria indestructible, aguzando la mirada y atesorando viejos y nuevos usos del lenguaje, nos narra con su particular estilo, cómo es que se trafica con la palabra en la ciudad, de qué manera se trueca

en las camionetas o el Metro, cuándo es útil para enamorar o hacer una gracia, diciéndolo además con la naturalidad de las esquinas, sin juegos de artificio, prejuicios, ni oropel.

Libre, transparente y honesto, Francisco Aguana es Caracas diseccionada desde sus ojos exorbitados, a disposición de la curiosidad infantil de un niño mayor que camina despacio y articula como maestro de escuela, que se instala frente a un computador, escribe, hace siesta sentado, corrige, fuma, sigue escribiendo, y no para hasta conseguir eso luminoso que hacen los exegetas del placer: una obra maestra textual.

A continuación, nadie va a leer ni un diccionario ni un manual. Como mucho (¡casi nada!) se verá transitando las encrucijadas de Pérez Bonalde con José Ignacio Cabrujas y Salvador Garmendia, pero a lo malandro; la calle Lincoln de Carlos Noguera con paso tosco; mirando el Guaire como William Osuna, pero sin anteojos; pateando La Pastora, como Aquiles Nazoa, con la camisa desabotonada. Esa urbe que “no es Comala ni Santa María ni tampoco Macondo: la ciudad de Caracas es tan real, tan física, tan espiritual, en la medida en que su realidad se constituye en distintos planos, tanto en la memoria como en el olvido” como explica Héctor Seijas.

La palabra que hiere, que dignifica, que se remoja, que reinterpreta el sentir de la gente de a pie, que para todo encuentra un chiste de doble sentido como síntoma de inteligencia y humor intransferibles ante el fracaso de la fragua cotidiana. Del “coter” porque cobra en cuotas, o el “zaabatero” que iba ofreciendo sus astucias de artesano árabe para recuperar zapatos “pisamojones” de los que se hicieron populares cuando abundó en la ciudad la industria del calzado.

Es el PAL (Popular Academia de la Lengua) que inventó el autor

de este texto imperdible a fin de enumerar los aciertos de la inventiva ciudadina para designar las cosas innombrables, como el coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento, cuando recordó esa etapa fundacional en que “el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”.

Ese Aguana que nos ha sembrado a Catia en el corazón, tierra chica y epicentro de su epopeya personal, desborda las fronteras imaginarias de la parroquia y absorbe con insolencia de taxidermista el tejido de la ciudad toda en su decir, esta Babel de cabilla y concreto que pocos elegidos pueden describir con su elegancia, sin pecar de academicista ni de deslenguado. Más bien, lleno de asombros.

Marlon Zambrano

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras

*El habla caraqueña es de una riqueza e ingenio inagotables.
Preparado por la PAL (Popular Academia de la Lengua) lo que
sigue es apenas un inventario*

Dime cómo hablas y te diré quién eres y de dónde y cómo eres. Es que la lengua es un elemento esencial de la cultura y un aspecto fundamental en la construcción de la identidad colectiva, que pone en evidencia las formas de pensar, sentir y actuar de ese colectivo.

El habla popular –esto es, de las mayorías– manifiesta una riqueza y una creatividad que le imprimen un dinamismo que la transforma constantemente, echando mano para ello y sin saberlo, de todos los recursos lingüísticos existentes. Convierte, por ejemplo, sustantivos en verbos, adverbios, adjetivos –o viceversa–, dotándolos de una polisemia que parece formalmente imposible; usa figuras retóricas para construir oraciones de perfecta sintaxis; realiza piruetas verbales alterando rígidas normas gramaticales; da léxicos saltos mortales resemantizando palabras provenientes de la llamada “habla culta”, y crea nuevas palabras con préstamos de lenguas extranjeras.



Es nuestro propósito mostrar, hasta donde sea posible, esa variedad y riqueza que hemos aludido.

Palabras de la cotidianidad. Palabras hiperbólicas

Son palabras que indican volumen, fortaleza, decisión, contundencia y desproporción, a las que –por si fuera poco o no convencieran lo suficiente por sí mismas– se les anteponen unos adverbios que enfatizan, potencian o aumentan desmesuradamente el significado de las mismas. Ellos son: *semerendo(a)*, *sendo(a)*, *saparapanda*, *rolitranco*, *roliverio*, *rolo*. Así pues, si usted tiene demasiada hambre significa que tiene una “hambrazón” que solo puede ser saciada “jartando”, esto es, mediante una “jartazón”. Si por causa de estos excesos a usted le sobreviene un malestar estomacal, dolor de estómago o diarrea, a usted le da, entonces, una cagazón.

Puede ocurrir que no tenga dinero para comprar los medicamentos porque está limpio, pelao, pelando, sin una puya, “sin medio picao por la

mitá”, sin real, sin un centavo o céntimo, “más limpio que talón de lavandera”, sin muna o munición, “comiéndose un cable”, mamando, “mamando y loco” o mamandini; es que pasa por una “semerenda mamazón” o “rolitranco’ e pelazón”. Si para superar tal carencia se le ocurre encompincharse con unos panas y “tirá un atraco”, puede desatarse una balacera contra “el gobierno” y se expone a que le den un balazo, o “unos pepazos po’ el güiro” en medio de esa matazón, plomazón o plomamentazón.

Cuando éramos pequeños, en la década de los 60, los adolescentes nos azuzaban para que peleáramos colocándonos cualquier cosa en uno de los hombros para que el contrario nos la tumbara. Si así lo hacía uno le respondía porque ambos comíamos casquillo, para que después no nos montaran una joda o chapita encima. Entonces se desataba una pega o peguita, pelea, peleíta o coñaza. En el fragor de la batalla se oían los gritos de “¡zámpale, métele su coñazo, dale po’ el ojo, escoñétalo!”. De esta manera, uno de los contendientes se arriesgaba a que le dieran una paliza, felpa, pela o una saparapanda’ e coñazos, una coñamentazón. Quien disfrutaba o gozaba de tales combates era evidentemente un gozón, que es sinónimo de bonchón.

Floritura de las palabras con “es”

Existe un sinnúmero de palabras que resultan de suprimir la letra D del prefijo “des-” y la D de la última sílaba. Unas son obra de la transformación, y otras auténticas invenciones populares. Así, tenemos que “andar esguañangao” es andar con la camisa o la ropa desordenada, escachalandrao o eschavetao. Eschoretao es lo que está choreto, torcido o doblado; escarranchao es el que está tirado o echado despreocupadamente en el piso, la cama, hamaca, mueble, esto es, espatarrao o espernancao. Andar espelucao es andar muy despeinado, con los pelos, la grama, la tumuza, las greñas hechas un desastre o como “una cuca’ e loca”. Espepitao es aquel que habla demasiado. Hay un grupo de palabras de estas que guar-



da sinonimia o parentesco en sus significados y que refieren, en general, a situaciones violentas, tristes o penosas como, por ejemplo, esguazao, esfaratao, esfloretao, espaletao, espaturrao, esmirriao, espallillao, espitao, espalomaao.

Esguazao resulta de realizar un esguace, de arrasar con todo; espesquezar es una amenaza: “Te voy a quitá el pescuezo”, le va a quitar la cabeza, o lo va a ahorcar, pues esfaratar es destruir: “Te voy a esfaratá esa cara”, que es sinónimo de “ya vas a ve, te voy a escoñetá”. Algo escoñetao es algo destruido irremediabilmente, espaturrar es sacarle el aire o la mierda a alguien con un camión, o pisar una cucaracha, esmirriao es algo poquito o alguien apocado –parecido a espalomaao, que no es un tipo sin paloma sino alguien apocado, lerdo y sin voluntad–; espallillar es vaciarle los bolsillos a alguien o dejarlo sin dinero en un juego de azar; mientras espitao es aquel que huye velozmente o que sale esmadrao, que es también caerse y esmamagüearse. Todas las anteriores palabras confluyen en un solo y lapidario término: esmierdao, que es volver o volverse una mierda.



Formas de saludarse

El venezolano, en general, y el caraqueño, en particular, entran en confianza con sus congéneres rápidamente, es decir, que “son burda de lo confianzúos” y tiene diversas formas de hacerlo, iniciando el acercamiento con un cálido, informal y hasta irreverente saludo que adquiere diversas formas y acompaña con una gestualidad y cercanía física que lo refuerzan. Es usual incluir en el saludo formas familiares, llamándonos hermano, primo, pariente, cuñado, cuñaito, compadre, compa, compae, compaió, familia. A los adultos se les llama “mi tío”, mayor –o mayol– viejo. Al padre se le dice mi viejo, y mi vieja a la madre; a ambos mis viejos o mis pures. La palabra viejo puede usarse en broma o en tono despectivo: “El viejo ese er coño”. Vegetal, vejete, vejestorio, pureto, carcamal “que estás mascando el agua, y sacándote los peos con las uñas”. Los mayores suelen llamar a los más jóvenes menor –o menol–, chamo –antes pavito y zagaletón–, chamito, carajito, mierda amarilla.



Hace muchos años a los amigos se les decía “mi vale”, “mi valedor”, “mi llave”, “mi llavecita” (por lo del juego de 5 y 6), “mi socio” (como en la canción de Daniel Santos “¿Y qué, mi socio?”). Luego fue amigo mío, men (¿qué men?), “dígalo ahí puej” o, si no, broder y, más tarde, bro. Los que se llamaban hippies hacían una V con sus dedos y decían “paz y amor, broder, ¡ufff!”. Pana, que es el más extendido en el tiempo, dicen que proviene del inglés *partner* y de él se derivan panita, panal, panela, panadería, “pana mío”; un gran amigo es un “alto pana”, “patria o muerte” o “uña y sucio con uno”. Están también el cámara, camarita y el peligroso camarada de los años 60 (no así ahora, claro), que era rechazado por muchas personas que estaban influidas por el anticomunismo reinante y porque había una policía dispuesta a llevarse preso a todo aquel que manifestara un mínimo de simpatía por el comunismo. Más adelante a algunos les dio por llamarse, a lo ruso, “camaratish”.

Las formas de saludar van, generalmente, precedidas por expresiones como ¡épale!, ¿qué o quihubo?, ¡essssee!, ¿qué dice?, ¿qué ej lo quej, pana mío?, y “ese panita ¿qué dice?”. El cómico Joselo desde su programa impuso “¿y esa pava –o pavo– quééééé?” y “eu”. No falta en el léxico caraqueño el “¿cómo está la vaina –o la cosa–, panita?”. Paisano, parroquia y vecino son saludos que tienen que ver con la cercanía geográfica de los

saludantes. “¿Qué más, curso?”, lo utilizan los militares, y “colega” los profesionales; mana y manasa lo utilizan los homosexuales. Expresiones más recientes de saludo son convive y convivito; compinche y causa son extraídos de la jerga carcelaria; el mío, mi costilla, yunta y el coro, que es un amigo o grupo de ellos que dan respaldo a otro (“¡hajme esa segunda o el coro ahí, vaya!”). Cuando la amistad es muy estrecha entre dos hombres, uno de ellos –en broma, claro– se refiere al otro como “la jeva mía”; amigos cercanos a la relación le dirán al aludido: “Porái te anda buscando el marío tuyo”.

Los novios

Tienen su particular manera de saludarse. Formalmente son novios, prometidos, comprometidos o parejita. Pero también se le ha llamado a la novia la chenchita, la carne salá, “mi peor es nada”, la costilla, la jevita (o la pavita); y al hombre el jevo (o el pavito), el arrebiate, el pegoste, el chicle, el tierno o –a ambos– bebé. Cuando llevan vida marital es “la mujé mía” o “el marío mío”; si son novios, pero ya cogieron cama, entonces son marinovios, amantes, tienen un “jújú”, “andan en una vaina ahí”, “se entienden”. El esposo o mi señora esposa, si la cosa es formal y hay matrimonio. Cuando alguno de los dos traiciona al otro entonces “está montando cacho” o lo(a) está volteando. La esposa es la legal; la otra es el repuesto o segundo frente. Actualmente se le dice a la primera “la que frinchi”, y a la segunda “la que frau”. Cuando hay ruptura comienzan las ofensas: él le dice “bruja” y ella “perro sucio”.

La mala suerte

Generalmente, al que le va mal o está en una situación comprometida, moral o materialmente, no ve en sus actuaciones la causa de su infortunio sino “¡qué arrrrrechiera pana, nojoda!, yo lo que estoy es sala”, o cruzao, jodío, pisao; “me cayó encima una pava macha”, “toy empavao”,

aperreo, enchavao, con los caminos cerraos, pelando, mamando; “tengo la suerte volteá”, “toy pasando roncha”, “me tienen un trabajo montao”, “me están alumbrando”, “lo que me falta es que venga un perro y me mee”. Lo contrario de la mala suerte es ser burda’ e sortario, lechúo o enrrachao.

Mentira

Es una cotorra (no confundir con el mote que se le tiene a los ecuatorianos y peruanos: cotorros), un mojón o una carreta. Por eso hace tiempo había gente que afirmaba estar vacunada contra “mojones y carretas”; es pura “habladera’ e paja” o “pura charla”, como se dice en la actualidad. Por lo tanto, el mentiroso es un cotorrero, mojonero, carretero, “habla paja” o charlero.

Okey, lector, nos vidrios en la próxima. ¡Dale!

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras (II)

Esta segunda entrega del estudio preparado por la PAL (Popular Academia de la Lengua) acopia las expresiones y términos coloquiales relacionados con la designación de nuestras “partes pudendas”, habla que en académico contexto es considerado como lenguaje impúdico

El caraqueño es hablador, vaya que sí. Habla de todo: de lo humano y lo divino, de lo sublime y lo terrible, de política –ni se diga–, de deportes, etc. En un tiempo era de la lucha libre y de Lila Morillo. Pero, como característica particular, todas las conversaciones, casi siempre, incluyen referencias al sexo, haciendo que la conversación se torne procaz y se llene de obscenidades. Hay una coprolalia social que destruye cualquier pudor o convencionalismo social, cuando se hace alusión constante a las partes pudendas de nuestro cuerpo, convirtiéndolas en elementos festivos, chistes y crítica social. Pero también son las palabras favoritas para mostrar la peor cara de los seres humanos a través de sus insultos o invectivas.



¡Que viva la pepa!

Referidos al conducto muscular y membranoso de las hembras de los mamíferos, la vagina tiene extraños, sorprendentes y, por demás, graciosos sinónimos de elaboración popular. Se le llama el picón (“cierra las piernas, muchacha, que estás dando picón”), la pepa y la pepita. Es usual oír a una mujer –o a un hombre– reclamarle a otra, inquieta y fastidiosa, “¿te pica essssa pepa, ah?”. También se le compara con rubros alimenticios al llamarla bollo, hallaca, guiso, pescao o pescaíto. Le sigue a este inventario: bicha, chiripa, cuca, cuquita, cuchara, cosita, colita, la chocha, el papo, la vaina, la totona, la raja, la pelúa, la innombrable y el virguito. Esta última palabra también se usa para indicar que la mujer es virgen o que algo está nuevo y sin usar.

El miembro viril, en cambio, recibe abundantes nombres que lo relacionan con objetos contundentes, filosos, potentes o voluminosos, que afianzan el machismo y el predominio masculino; aunque también –es bueno decirlo–, para demoler esa petulancia, se le equipara con objetos mínimos, débiles y de fácil dilución. El primer símil es avícola al llamarlo pichón, paloma, pájaro y tucusito; un hombre palomúo es aquel que tiene un miembro de grandes proporciones. Se le llama verga, que es

palabra que se utiliza para hacer un reclamo (“¿qué verga es esa?”), para manifestar disgusto (“te voy a formá un verguero”), para expresar fastidio o molestia (“pero qué verga tan seria”); además, un tipo decidido es un “vergatario”. Otros nombres son machete, chaparro, pinga, topocho, palo.

Llevarle la delantera a alguien, derrotarlo o ganarle en viveza es “meterle medio palo”, o “medio guariney” (o güiriney, o medio chuzo). El mote más recurrido para nombrar el miembro masculino es güevo –sí, con g–; pero, por ironías del lenguaje popular, el derivado güevón no se refiere a su tamaño, sino para designar a un tipo flojo, lerdo, displicente o de poca voluntad, un espaloma, pues, que comete güevonadas y que “anda en una de agüevoneamiento”: “tú lo que eres es rolitranco e' güevón” o “estás agüevoneao”.

“¡Na güevoná!” se utiliza para manifestar sorpresa, o molestia cuando se dice “¿cuál es la güevoná?” o “¡deja la güevoná!”. Bandurria, pipe, pipí, bulto, el bicho, “el cabeza e' perro”, y la carpa están en la lista de denominaciones que recibe el pene. Estar encarpado, entonces, es “tenerlo parao”. Es tal el aprecio que los hombres sentimos –y que la sociedad, en general, respalda– por las dimensiones anatómicas del miembro viril, que he oído a individuos vanagloriarse y presumir de su tamaño y potencia comparándolos con poderosos explosivos navideños; tal como “yo lo que tengo en el medio e' las piernas –dijo uno– es un tumbarrancho, un matasuegras; ¡no jooda, un binladen!”. Pero allí no termina este largo inventario, por lo que, para agredir a los presumidos y echar abajo su autoestima y fanfarronería, se crearon términos relacionados con “los pasapalos” o confites de las fiestas infantiles como tostoncito, pepito, cronchito, cris-cris, manicito, cotufa, curruchito, etc. En cuanto a animales plumíferos le llaman tucusito, y hasta se lo dicen cantando el famoso y tradicional aguinaldo navideño. Una mujer, para humillar a un hombre, le dirá “a mí tú no me haces ni cosquilla”. E incluso lo llamará

***¡cierra las piernas,
muchacha, que estás
dando picón!***



“zapato presta”. Si el portador es un hombre mayor le cantarán la ranchera “Flor sin retoño”.

Esféricas y delicadas

Los testículos junto con el pene forman un solo conjunto anatómico, pero en el verbo popular se diferencian en sus distintos significados. Se les llaman bolas, cojones, ñemas o metras. Tener bolas es tener arrojo, valentía, determinación, es tener cojones o ser un “cuatriboleao”. Pero, contradictoriamente, se utiliza la misma expresión para reprochar errores y negligencias, es el caso de “¡hay que ve que tú sí tienes bolas!”. Cuando una persona es lerda y perezosa –sea hombre o mujer– se le espeta “a este –o esta– le pesan las bolas, las tiene de concreto” (refiriéndose a las bolas criollas).

Un jalabolas es un ser adulante, obsequioso; aunque hay quienes afirman que “es mejor jalabolas que jala escardillas” (que es sinónimo de “jalamecate”). Hoy al jalabolas lo llaman “come moco” o “picatorta”. El que no se atreve a hacer algo arriesgado es porque le faltan bolas, y si está disfrutando “está gozando una bola y parte de la otra”.

“Pelar bolas” es equivocarse o morir; como decir, también, “botaste

la bola”. “Echarle bolas” o “un camión de bolas” es esforzarse por alcanzar una meta. Pero un “pelabolas” es aquel que carece de dinero o es el (la) que tiene un comportamiento errático. “Echarse las bolas al hombro” es ser cómodo, evadir la responsabilidad o ser indiferente ante el deber. Dicen que esta expresión proviene de la época gomecista, cuando se le colocaba a los presos pesados grillos en los tobillos y estos, para caminar más rápido, se los llevaban al hombro. Tener bolas es equivalente a tener agallas, voluntad o riñones.

Dialéctica de la retaguardia

A las nalgas se les llama glúteos, asentaderas, posaderas. Pero también petacas, maleta, nachas, pompi, trasero, fundillo. En fin, es conocido popularmente como el culo. Está compuesto por dos protuberancias carnosas divididas por un hoyo al que se le llama ano o proctodeo, al que el vulgo llama el “ojo ciego”, el “tercer ojo”, el “hueco del...”, “la raja del...”, la “pepa del...”, o los “rayos del...”. También se le llama cagalera, cola o firindroyo. Indiscutiblemente, la palabra “culo” tiene una polisemia que la hace adaptarse a múltiples situaciones, muy distintas unas de otras. “Volverse un culo” es enredarse, equivocarse, confundirse. Cuando alguien afirma “me importa un culo” está mostrando indiferencia ante un hecho o persona; “vete a lavá ese culo” es una acción de rechazo y desprecio; “tener –o poner– cara de culo” es mostrar amargura, desagrado, desaliento o mal humor; “partirse ese culo” es esforzarse en la realización de una tarea; “¡te voy a partí ese culo!” o “te voy a da un pataón po’ el culo” –o po’ ese culo– son amenazas de agresión. Cuando estamos disfrutando de algo agradable estamos “gozando un culo”. Tener una compañía sexual, temporal o permanente, es “tené un culo” o “un culito” por ahí.

Un “pelo de culo” es una medida que indica que falta poco para una conclusión o que se tiene poco de cualquier cosa, como cuando se manifiesta “me falta un pelo’ e culo” o “me queda un pelo’ e culo”. “A mové ese

culo” es una orden o se refiere a la acción de bailar, por ejemplo “fulana lo que anda es moviendo ese culo de fiesta en fiesta”, o “de bonche en bonche”.

Nuestros abuelos y padres solían decir, ante la viveza de alguien, “no me coja el culo a besos y las nalgas a pellizcos”; y ante una adversidad es recomendable alzar nuestra vista al cielo para rogar “señor, dame paciencia y en el culo resistencia”. Cuando alguien pierde la vertical o el equilibrio se dice que se “cayó e culo”; donde hay muchas mujeres es que “hay un poco’ e culos”. Cuando alguna persona, de manera descarada, quiere embaucar a otra, esta puede decirle tajantemente “¡ah sí, y por qué no me pelas ese culo!”, o “¿y por qué no me das ese culo, ah?”. Cuando una persona cometía un acto ridículo o imitaba a un homosexual, otra le decía “¡cojoculo y pago con chapas!” o “pago el viernes”. Quien tiene miedo es un culillúo o cagón, esto es, que está encullillao o ‘ta cagao, chorreao o tiene culicardia.

Cuando se debe tomar una decisión importante o soportar un dolor intenso “hay que apretá ese culo”. Una persona de nalgas pronunciadas es un culón o culona, “culo’ e pimpina”, bachaco culón o, definitivamente, “¡lo que tiene es piazó’ e culo, caballero” (o remerendo, sendo, rolo o rolitranco’ e culo). A alguien que es petulante le dicen “¡es que tú te la das de culito jediondo!” (o parao, o apretao).

Las sonoridades que se realizan desde el ano las llaman peos y al que lo hace con frecuencia lo llaman peorro. “Forma peos” a la persona de mal carácter o proclive a la pendencia. A los adulantes los llaman “huele peos”. “Es que tú te la pasas oliéndole los peos a fulana”; es un reclamo para el adulante. Formar un peo es insultar, denostar o agredir a otro u otros. El peo tiene su correspondiente femenino en “pea”, que es rascarse o emborracharse hasta casi perder la conciencia (“¡rolo’ e pea te metiste, panita”). Un individuo de conducta dubitativa es un guabinoso: alguien que vive en un culipandeo.

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras (III)

*Tercera entrega del concienzudo estudio de la pal
(popular academia de la lengua), que continúa ahondando en las
profundidades del lenguaje impúdico*

El sexo: predominio del habla machista

Freud es el “perverso polimorfo” que comienza a hablar públicamente de la sexualidad del individuo. Le siguen otros, como Alfred Kinsey que publica, entre 1948 y 1953, sus informes sobre la conducta sexual humana. Después viene la pareja Masters y Johnson y presentan su estudio sobre la respuesta sexual humana en 1966. Antes, en 1960, se había estrenado la pildora anticonceptiva, Mary Quant creó la minifalda; antes se estrenó el monokiny y comenzó, en esa década, la revolución sexual. En 1973 Felipe Carrera Damas publica *El comportamiento sexual del venezolano*. Todo este inventario viene a cuento porque provocó cambios en la conducta social con respecto a este tema y buena parte de su terminología permeó a amplios sectores, sobre todo académicos y de clases sociales medias y altas, teniendo a los medios de comunicación como transmisores de lo que en un momento fue una jerga científica, pero que para las mayorías solo quedó como una jergonza de petulantes. Sí, por-



que debido a esa extraña terminología con que se expresaban los asuntos sexuales de los humanos, incluso la difícil pronunciación de muchos de esos vocablos, la gente siguió llamando las cosas como las llamaba o por el contrario, utilizando algunos de esos términos creó sus propias palabras para entender tan escabroso tema. Así, pues, palabras y frases como, por ejemplo, “hacer el amor”, “tener relaciones íntimas”, “pederastia”, “incestuoso”, “eyaculación precoz”, “orgasmo” y –¡válgame Dios– “coito” o “copular” solo adecentaban lo que en el habla popular era –y es– cogé, culeá, clavá, pullá, singá, gozá, tirá; desfogarse, “echá un polvo o polvito”, “echá tres sin sacalo”, “poné a peleá los miones”, “dase con todo”, “dase con furia”, “comese ese pescao”, “echá fli” (en alusión a un insecticida que tenía una bomba parecida a la de una bicicleta), etcétera.



En las frecuentes conversaciones masculinas sobre el sexo la mujer aparece, casi siempre, como un objeto pasivo, inerte, sometida siempre a las iniciativas del hombre, del macho. Por eso es frecuente oír expresiones como “me la clavé” o “se la clavarón”, “me la monté” o “se la montaron”; “se la echaron”, “se la rasparon”, “le metieron el machete”, o “la machetearon”; “le dieron una redoblona”, “la esfondaron”, “se la singaron”, “se la soplaron”, “le dieron lo suyo”, “ya probó” y “la esvirgaron...” porque nadie hablaba de “himen” o “virginidad”.

Durante muchísimo tiempo el virgo fue una especie de control de calidad por el que debía pasar la mujer casadera: era el certificado de pureza que había que entregarle al hombre. Las películas –mexicanas, sobre todo–, las radionovelas, los folletines ilustrados (como *Ellas* o *Cárcel de mujeres*), las fotonovelas de Corín Tellado y luego las telenovelas desarrollaban sus ficciones teniendo como temática central que la honra de la mujer se reducía, comúnmente, a cerrar las piernas para no perder la tan preciada telita. Igual se hacía desde el cancionero popular llamando aventureras, perdidas o indecentes a quienes la perdieran. Muchas mujeres que llegaron sin la virginidad al matrimonio eran devueltas por ser unas desvergonzadas y unos aguacates (esto es, que estaban aguaás).

Para las madres, el virgo era motivo de extrema preocupación, ni qué decir de muchos padres, dispuestos estos a romper cuanto virgo pudieran pero también a convertir esto en una deuda de honor y matar al que le deshonrara una hija. Las madres apesadumbradas y afligidas por tan grave pérdida expresaban frases como: “¡Ese desgraciao me desgració a mi muchacha, me la dañó, me la echó a perdé, me la esfarató, me la jodió y, ay, ay, ya no es señorita!”

El matrimonio debía ocurrir luego de un, digamos, aceptable noviazgo, durante un tiempo prudencial, porque si era repentino las malas lenguas hablarían de esvirgamiento, o de un chichón escondido. La visita del novio a la novia era “pa’ marcá tarjeta” o “hacer cebo”. Cebosa llamaban a la muchacha que compartía con varios muchachos, a la que llamaban también “cuca caliente”, brincona, rochelera, bicha, singona, zorra, que “sale pa’ lanté”. Hoy les dicen diabla, loquita, perra y alta loca.

Cuando yo era pequeño las murmuradoras acostumbraban a decir, en sus deletéreos comentarios, cosas como “¡jummj, ¿fulanita?, esa ha llevao más güevo que un sartén” o “más palo que una cajaè fósforo”; “¿Esa?, ¡esa es más puta que las gallinas”, “le gusta la fiesta del árbol”, “se la llevaron a comé golfeaos pa’l Junquito”, “¡a esa la han tocao más que el dumbi-dumbi” (en referencia a la popular canción “Ingenua” cantada por Mirtha Pérez y Los Naipes).

Los novios se daban, cándidamente, piquitos o besos de cachetico. Pero cuando tenían oportunidad se daban besos de lengua o jamones, latazos o conectes. Un beso en el cuello es un chupón; y otro beso, en la parte más escondida del cuerpo, es un beso negro. La penetración anal es “darle la vuelta al peón” y –¡horror!– una felatio era irse de mamerto, y un cunilingus era “bajar al pozo”, “dar una mamada” o “un mamón de pepa”. Las prostitutas del Caricari, burdel situado en la Laguna de Cattia, se asomaban por las ventanitas, siseaban a los hombres y les decían: “¡Psss, psss, paaapiiii, ven paçete la maldá pelúa, paðate los tres platos,



vamo a hacé el perrito, el 69; ven pa que me pongas en cuatro, ponme en cuatro patas!”. A una mujer atractiva en la cama se le llamaba “un buen polvo”, y luego “buena cama”, se decía que tenía cangrejera.

Masturbación: un crimen culposo

Todos los hombres sexagenarios, como yo, saben lo que es padecer el calvario de la persecución para que no practicáramos “el nefando crimen de la masturbación”, según los hipócritas curas; nos llamaban pajizos, pajúos; que nos hacíamos la manuela o la manuelita saliveira; que volá-bamos papagallos, tocábamos furruco o rayábamos yuca. ¡Dios santo, pero qué acoso! Cuando estábamos en el baño enseguida salía un adulto y decía: “¿Qué, te la estabas haciendo?”. A los pobres muchachos con el típico acné juvenil los llamaban pajizos y una expresión de vergüenza recorría sus rostros. “¡Quien tenga la mano pelúa es que se la hace!”, decía un provocador; al instante, uno o varios de los aludidos se miraba las manos rápidamente, lo que los delataba y provocaba la risa del resto. Pero también decían que el que no acababa podía sufrir los terribles do-

lores de la cojonera. Pese a tanta prohibición todos disfrutamos de esa etapa que, creo, recordamos precisamente por las orgías imaginarias –o los cogeculos– donde las mujeres más atractivas o sexis, o que estaban “como me la recomendó el doctol”, o como “pa chupase los deos”, se nos regalaban y nosotros las hacíamos enteramente felices. Con lo que comprobamos que no era ninguna paja, sino pura realidad.

La abstinencia y lo que dejaba de suceder en verano

El que se abstiene sexualmente padece de un verano o un largo y ardiente verano (nombre de una serie de TV). También es que está quesúo, birriondo, veraneao o ruin. La abstinencia prolongada causa un fuerte dolor en los testículos al que llaman cojonera. En el caso de las mujeres, además de la doble jornada impuesta por la división sexual del trabajo, deben ser “buena cama”, tener cangrejera (esa capacidad de contraer las paredes vaginales). Pero si es una abstinente, además de estar veraneaa, es que está maluca, hechando humo, “más caliente que tapa’ e mondogo” o “que está farta de...”

Hubo un tiempo en que cuando alguna mujer tenía una crisis nerviosa y era joven, soltera y virgen, la gente, en general, y los médicos, en particular, recomendaban para superar el problema que la muchacha se casara y santo remedio; incluso alguno que otro allegado recomendaba inyecciones de “penecilina”.

Bueno, lector, te lo voy diciendo de una: mosca, que nos vemos en la próxima crónica, pa que sigamos con la cotorra. ¿Vites?

Buenas, malas, feas y sabrosas palabras del habla popular caraqueña (IV)

Cuarta entrega del acucioso estudio de la pal (popular academia de la lengua), esta vez escrutando el universo expresivo tras la palabra que designa al oficio más antiguo del mundo

La palabra prohibida: “prostituta”

“¡Puuutaaaaa, piazòe puuutaaaa!” grita el hombre desde las cavernas de sus entrañas cargado de ira al mismo tiempo que, con desmedida violencia, golpea con las manos, pies, rodillas y cabeza un saco terapéutico colgante, con el que intenta arreglar, con su madre, algunos desacuerdos infantiles. Esas palabras también son el detonante para que el femicida desate su furia contra su víctima, a la que le va clavando un largo cuchillo carnicero hasta la cache, y luego lo volteo, afinándose. “¡Puuuutaaaa!” le continúa diciendo, aderezando la ofensa con otros calificativos insultantes. “¡Puuutaaa!”; vuelve a decir como si fuera el abracadabra que abre sus carnes para tasajearla. Su violencia va en aumento: la apuñala y la infama repetidas veces hasta llegar al paroxismo; queda exhausto y sobre su víctima en posición coital: fugazmente imagina una reconciliación seguida de un arrepentimiento.



Pero la mujer ha quedado exánime, con el rostro congelado por una mirada suplicante, y la boca muy abierta de donde manan borbotones de sangre en forma volcánica. El agresor se torna operático, y todavía jadeante, le reprocha: “¿Viste, viste?, ¡te lo dije, te lo dije!, por tu culpa, ¿ves?, ¡por tu culpa!”. Así de agravante es la palabra puta que se convierte en el detonante para el inicio de cualquier discusión o enfrentamiento violento; es la espoleta de una granada fragmentaria de injurias de la cual es difícil escapar, tanto que hasta las prostitutas suelen usarlas para agraviar a sus colegas.

Mis contemporáneos sexagenarios sabrán recordar que en nuestra infancia y adolescencia era asunto peligroso llamar a otro “hijo de puta” y, mientras la rabia iba en aumento, “¡hijo de la gran puta!” e “¡hijo de tu putísima madre!”, sazonado, claro está, por otra sarta de improperios que medían la temperatura oral de la disputa: era como un precalentamiento antes de trenzarse en un mortal combate. Puta

AVENTURERA

**VENDEDORA DE BESOS
CALLEJEROS**

**CUCA
CALIENTE**

es un calificativo que el habla popular ha transformado en verbo porque putear es hasta una afición no solo morbosa, sino una forma de difamar y chantajear. Putear significa derruir, desgastar, corromper: Eso ya está puteado o me lo puteaste: es una acusación de que algo ha sido lesionado y que ha perdido su valor o importancia original; “eso ya está muy puteado” es que ha pasado de moda; “fulano o sutana se putearon” es que se pervirtieron, que perdieron su reputación. “Pareces una puta” o “¿qué le pasa a la puta esta?”, son ambas una aseveración y una pregunta frecuente porque las putas son referencia o una forma de medir la calidad de algo o de establecer la condición moral de alguien.

**DAMA DE
COMPañÍA**

Hace muchos años a una muchacha con maquillaje recargado se le recriminaba “¡muchacha, quítate eso que pareces una puta!”; lo mismo ocurría con la vestimenta porque en verdad la prostituta pobre y callejera solía vestirse con una indumentaria que parecía el uniforme de faena. Dígame por allá cuando por el año 64 crearon la minifalda: esa prenda junto con un peinado muy particular, que parecía una torta y lleno de laca fueron como de uso exclusivo de las trabajadoras del sexo, y peor aún fue cuando le agregaron al conjunto distintivo unos zapatos de enormes plataformas a los que llamaban popularmente “pisamojones”. Esa forma estrafalaria y escandalosa de vestir no era para nada una novedad, por cuanto las prostitutas de los dicterios griegos o de los fornices romanos solían lucir con mucho

desparpajo sus enormes pelucas de colores y su ropaje fuera de serie, precedidas por el ruido y el escándalo público a modo de publicidad ambulante: ¡Llegaron las puuuutas, llegaron...!“. “Puta” es la palabra que más aparece en las paredes de los baños femeninos de los liceos o en lugares públicos donde la acusada habita incluyendo a veces su número de teléfono.



Soy lo prohibido

El hombre está agazapado en un oscuro rincón del pasillo; desde su escondite logra ver a la pareja que sube por las chirriantes escaleras: él de traje formal y sombrero y ella se tongonea bajo un ceñido vestido rojo y negro modelo Stendhal: tan pegado a su cuerpo que parece parte de su piel. Entran, cierran la puerta y el hombre escondido corre para arrodillarse frente a la puerta para disfrutar, como voyeur, de la transacción comercial; pega la oreja a la madera para oír, mira por la cerradura y es muy poco lo que puede ver: es más: no ve nada, pero tampoco lo necesita: la algarabía de los clientes que hacen antesala en el primer piso, y lo poco que se oye desde la habitación le sirven de sostenido estímulo sonoro. Mete su mano por el bolsillo de su pantalón y comienza a masajear, rítmicamente, la calvicie de su miembro; su rostro se humedece acompasado con las ondulaciones de su vientre; su respiración se agita y por su mente pasan, a gran velocidad, miles de imágenes con todas las mujeres deseadas e imposibles de tener, hasta que su cuerpo estalla en espasmos epilépticos. Así es la prostitución: como traspasar con la imaginación la cerrazón de la moral, saltar sus rígidas barreras y sumergirse en las profundidades abismales de la voluptuosidad, el placer sin límites y la concupiscencia transgresora: Es ese vicio de tu piel que ya no puedes

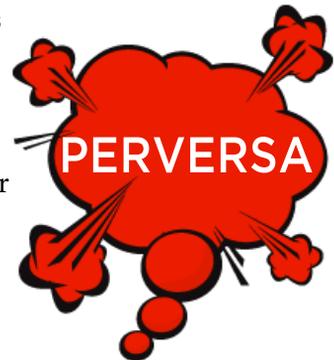
MUJER FALSARIA IMPOSTORA DE CARICIAS

CHICAS MALAS Y DIABLAS

desprender: es lo prohibido. Será entonces, por esa tendencia humana a la vulneración normativa que el mundo de la prostitución resulta tan atractivo condensándose en esa contradicción tensional entre lo que no se quiere ser, y lo que se desea.

Debe ser por eso que la prostitución ha servido de eficaz inspiración para la literatura, pintura, el teatro, el cine, la poesía y la música. En este último renglón se distingue como tema recurrente en los tres géneros sentimentales latinoamericanos: tango, ranchera y bolero. “Yo la vi por la calle una noche / yo la vi vendiendo su amor”, canta Agustín Lara, quien dedicaría varias de sus más conocidas composiciones a las prostitutas. Hipócrita, perversa, callejera, aventurera, viajera, pecadora, arrabalera, señora tentación, cabaretera, vendedora de besos callejeros, “mujer falsaria impostora de caricias”. Hasta Pablo Milanés le dedica una balada a la Magdalena, y Yordano di Marzo habla de una “Perla negra”. Es a una de esas, espectro nocturno, a la que Pedro Navaja, puñal en mano, le fue pa encima.

Julio Jaramillo y Daniel Santos eran los ídolos de las prostitutas y putañeros y bebedores impenitentes en los bares de Catia; sitio en el que Salvador Gardemia, en su cuento “El Inquieto Anacobero” (sobrenombre de Santos que significa “diablito”) sitúa a Santos como amo y señor del burdel de “la gata” Felicia en Altavista, llamándolo con el título de la canción: “El Tíbiri-Tábara”.





Brevísimo resumen de historia puta

Hemos recibido del lejano pasado de la humanidad suficientes evidencias pictóricas, escultóricas, utilitarias y escritas que nos cuentan de manera fehaciente, sobre las prácticas sexuales de pueblos que adquirieron un alto desarrollo material y cultural. Dentro de esas prácticas destaca la prostitución que formaba parte de la cotidianidad y de la organización social de esos pueblos. En efecto, asirios, sumerios, babilonios, indios, chinos, egipcios, incas, griegos y romanos aceptaban como normal la actividad de la prostitución, e incluso la reglamentaban a través de leyes, ordenanzas y regulaciones diversas.

Destacan el Código de Hammurabi y los decretos de Solón, en Grecia y las ordenanzas romanas donde se definían los límites del oficio y dónde y quiénes podían ejercerlo y cuánto debían reportar al erario público: porque la prostitución, al igual que ahora, reportaba pingües beneficios para los involucrados menos para las prostitutas y prosti-tutos –que también había.

En algunos de estos pueblos nombrados la prostitución, además de reproducir las escalas sociales existentes, guardaba una variante místico-religiosa que ritualizaba los mitos de la fecundidad, el amor y la belleza. De este modo convivieron, entonces, dos formas de prostitución: una profana y una sagrada que celebraba a deidades como: Afrodita, Mylitta (Asiria), Nintil, Clío, Yellana, Hieródula, Astarté, Astartegates, Venus; de donde derivan las palabras venérea y venerar.

La prostituta aparece en libros sagrados como los vedas, el Gilgamesh y la Biblia en varios pasajes donde se le anatemiza como pecadora, se le perdona y luego aparece representada como la horrible bestia apocalíptica llamada “puta de Babilonia”. Pero no todo fueron imprecaciones porque hubo prostitutas como Pelónica, Friné, Tais, Su Xiax Xiao, entre otras que llegaron a alcanzar enorme notoriedad, fama y estima social logrando reunir a su alrededor destacados artistas e intelectuales atraídos no solo por sus dotes sexuales, sino por sus capacidades artísticas.

“¡Tieerraaa, Tieerraaa!”, dicen que gritó Rodrigo de Triana al avistar la costa de Guanahaní, pero muy bien ha podido gritar ¡puu-taaaas, puutaaaaa! porque según Abel Posse en su libro *Los perros del paraíso* (1987) el almirante “que observaba el putarraqueo y la pajamulta” embarcó en las tres naves expedicionarias una ración de treinta putas comandadas por la Tragasables, la Boloñesa y la Diabla, quien fue la primera en montar un burdel en tierras americanas: “Que se transformó en un aquelarre de excarcelados y prostitutas, (en) una

zarabanda y en una jauría de deseos reprimidos malamente, con acróbatas anales (que) invadió la costa”. Más adelante los miembros de la oceánica travesía, los “hideputas”, se dedicaron a esclavizar a las naturales sin miramiento ninguno de linaje y jerarquía, convirtiendo la empresa de la conquista, entre otras cosas, en un enorme burdel y a los conquistadores en sádicos empaladores y proxenetas.

Venezuela, tierra ardiente y del tambor

La asexuada historiografía venezolana es poco lo que ha indagado en la cotidianidad y la intimidad de los seres humanos de aquellos tiempos anteriores al siglo XX; quien más ha expuesto sobre el tema y hurgado bajo las sábanas del pasado ha sido Francisco Herrera Luque: tanto en su obra científica como narrativa, describe prolijamente las miserias morales de ese tiempo exponiendo como la principal característica de sus protagonistas, los conquistadores y colonizadores, su patológica criminalidad, su gusto por los excesos, y su crueldad sin límites. Durante el largo período colonial la prostitución más que un delito fue considerada un pecado y un grave problema social. A tales niveles llegaba tanto en la península, como en las Indias y en Venezuela donde, bajo la inspiración de lo decidido en el Concilio de Trento,

la corona española creó las casas de recogimiento, o de recogida, para albergar a las prostitutas que ejercían “el torpe oficio”; casas que estuvieron a cargo de los jesuitas. En Caracas el obispo Diego de Baños y Sotomayor crea una aquí en Santiago de León en el año 1692.

En 1808 el viajero francés Francisco Depons –quién sabe con qué método– expone en su libro que el 10% de las caraqueñas se dedicaban a la prostitución; coincidiendo en fechas y acu-





SENDA PERRA



TROTACALLES

saciones con el Informe Sobre Instrucción Pública del licenciado Miguel José Sanz, donde acusa a los caraqueños de “vivir en el ocio y entregados a los vicios de la lujuria, el juego, la intriga y la contumelia”. Por esas fechas los caraqueños se dedicaban de forma exagerada a las demandas por difamación e injuria, pues al parecer las acusaciones sobre la decencia del prójimo eran demasiado frecuentes.

En 1936, cuando asciende al gobierno el general López Contreras entre las enfermedades endémicas que afligían al país estaban las venéreas. Por eso se iniciaron campañas profilácticas, se crearon laboratorios antivenéreos y a las prostitutas se les dotó de un carnet para evitar que fueran las vectoras de tan extendido mal. En 1941 las autoridades sanitarias reconocen la existencia, en Caracas, de dos mil prostitutas: 90% infectadas, y 45% menores de edad. Más adelante, en 1942 el general Medina aparece, en una imagen que simboliza el arribo de la modernidad caraqueña, clavando un pico en la pared de una vetusta vivienda en la que –según dice la tradición oral– vivió la Negra Hipólita, nana del Libertador, en lo que fue el caserío El Tartagal, hasta que su nombre fue cambiado luego de una cruenta epidemia por el de El Silencio, que se convirtió en una licenciosa y enorme zona de tolerancia nada silenciosa, llena de burdeles a la que luego de su derribo abandonaron las prostitutas para dispersarse por toda la ciudad, principalmente por San Juan y Catia.

Eso no se dice, eso no se toca

La palabra puta procede de putta muchacha (y muchacho es putto). Posteriormente se le da el significado de muchacha de la calle. También hay autores que dicen que proviene de putida, es decir, hedionda, o de puttus, que significa niño o niña. Prostituta en cambio deviene del latín prostitutus y prostitución de prostitutio y este, a su vez, de prostituere: exhibir para la venta. El vocablo tiene sus equivalentes en todos los idiomas que han ido cambiando de acuerdo a la época; así tenemos que en Grecia se les llamaba pórne, hetairas y dicteriadas, peripatetikes; en Roma lupa (lobas) o lupae, pala, delicatae y copae para luego, con el tiempo llamarlas meretrices; en Egipto kat tahut; en el Perú incaico las llamaban pampayrunas, o milihuamnis, o mujeres malas de cuerpo (según el inca Garcilaso).

A las prostitutas sagradas las llamaban, en algunos lugares de la antigüedad, devadasis, hierodulas, nadiatu, y bacantes a las sacerdotisas de Baco cuya celebración derivó en “bacanal” como sinónimo de orgía. El caraqueño las llama “cogeculos”. En España las llamaban “rameras” o “públicas pecadoras”, y a la prostitución, el “torpe oficio”. La iglesia las condenaba como pecadoras. Además de putas y prostitutas la lista de sinónimos es larga: los poetas las han llamado mariposas nocturnas, o de la oscuridad. Se les tilda contradictoriamente de “mujeres de la vida alegre” y “mujeres de la mala vida”; vagabundas y de todas las formas musicales que ya señalamos en párrafos anteriores. Busconas, mesalinas, puchas, jineteras, pirujas, perdedoras, trotacalles y pare usted de contar. En el habla caraqueña se les llama caminadoras, seguidoras, ficheras, mesoneras. Los siquiátras hablan de conductas desordenadas y auto-destructivas; algunos sociólogos exquisitos las llaman trabajadoras sexuales. En el campo semántico de la prostitución están las palabras de actores imprescindibles en el negocio, como son: la madama o jefa del burdel, sustituta de la empresaria

romana conocida como meretrix; el lano, proxeneta o cabrón, chulo, padrote, rufiañ, vividor, explotador, tratante de blancas (y de negras) masajistas. A los burdeles, lupanares, lenocinios o casas de cita se les llamaba, hasta hace poco, tiraderos. Putañoero es el hombre al que le gustan las putas, y puto es un hombre mujeriego al que la sociedad le celebra –inclusive le aúpa– esa conducta, consideración muy distinta con las mujeres que sienten similar afición por los hombres.

Distintas maneras de putear

En el léxico popular caraqueño se distinguen los distintos sinónimos con los que se denomina a la prostituta profesional de aquellos con los que se caracteriza a una mujer de conducta quebradiza, insinuante, sensual, obsequiosa, o que simplemente asume su sexualidad plenamente y sin atender a chantajes morales. También son calificativos que se usan como armas ofensivas para injuriar y difamar a las mujeres e incluso como formas de control social y de claro afianzamiento del machismo patriarcal. El inventario, a este respecto, es amplio y muy creativo, por ejemplo: singona, gozona, tirona, putona o medio putona, que sale pa'lante, que no aguanta dos pedías, guachafitera, fácil, facilona, regalá, arrebatá, partía, salsa, salsosa, sabrosona, cebolla (que se utilizaba también para referirse a las cocineras), tártara, loquita, senda loca, cebosa, brinconsa, cuca caliente, bicha. En estos tiempos las llaman perras, zorras, zorritas, rolo 'e mala, saltona, sardina, tremenda sardina, safrica, senda perra, dama de compañía, prepago, chicas malas y diablas. Todo esto para decir, simplemente, puta.

Lo de “salsa” y “salsosa” se comenzó a usar precisamente en el tiempo en el que Phidias Danilo Escalona popularizaba el término con que bautizó a la música caribeño-niuyorquina y se diferenciaban de “salsera”, que era como se llamaba a la mujer que le gustaba ese ritmo. Tártara es un tipo de salsa comestible. Hablando de música: lo de

“resfalosa” (por resbalosa) se dio por una canción popularizada por el dominicano Porfi Jiménez: “María Tomasa, la resbalosa”. Lo de partía también provenía de la música, y concretamente de la salsa, porque cuando los metales del boogaloo o del guaguancó cesaban para dar paso a la descarga de tambores, al bailaror se le ordenaba: “suéltala pa que se defienda”, o “suéltala que ella baila sola”; el bailaror obedecía, y su pareja o bailarora actuaba entonces como poseída, electrificada, o como si tuviera espasmos epilépticos al recibir la orden de su pareja: ¡Párrrrteteee!

Recuerdos infantiles

Cuando niño llegué a vivir, entre otros lugares, en la Vereda 12 de Urdaneta, Catia: siendo el único niño en una casa grande; gustaba, entonces, de leer todo lo que los adultos leían. Como consecuencia me metí en muchos problemas por estar hablando de lo que los adultos hablaban. Un día un niño condiscípulo mío me dijo: “¿... y la abuela tuya que trabaja en La Laguna?”. Bueno, La Laguna era un famoso sector de tolerancia de Catia. Satisfice mi curiosidad preguntándole a mi abuela si tal cosa era verdad, y como respuesta recibí una tunda. Años después me vine a enterar por qué. Otro día me “mandaron a hacer un mandado” (así se decía) al primer supermercado de Catia situado en la vereda principal; me paseé por todos los anaqueles hasta que, “¡oh, dioses!” en una esquina de uno de ellos y situado en sitio preferencial, estaba un frasco de salsa tártara, marca Delmonte. Mi corazón palpitó aceleradamente, mis ojos brillaron y el frasco del producto se iluminó: “¡Eureka!”, había descubierto la salsa para putas. Alborozado comuniqué mi descubrimiento tanto a familiares, amigos y maestras, recibiendo como premio una mezquina y envidiosa coñaza, burla y miradas extrañas.

Hablando de maestras, las de mi infancia enfatizaban en el análisis gramatical de las oraciones, y en el aprendizaje de los verbos: llenábamos cuadernos conjugando los verbos en todos sus tiempos y modos. Una vez la maestra nos asignó la tarea de buscar en el diccionario cinco verbos y conjugarlos. Llegué directo a la biblioteca de la casa donde mi abuelo tenía un diccionario Larousse al que llamaba “mataburros” (por educar a los ignorantes a causa de su tamaño, por poder fracturarle el cráneo a cualquier jumento). Abrí las páginas del mentado libraco y en la esquina derecha de una página aparecía la palabra “esputar”. Cuando, imaginariamente, realizaba la conjugación una sonrisa automática vino a mi tierno rostro, y apareció en mi mente la cara de mi víctima.

Al día siguiente pregunté al niño escogido: “¿Tu mamá esputa?”. Una mentada de madre hacia mi persona, seguida de un llanto de vergüenza hicieron que el niño me acusara con la maestra y esta, ipso facto, me llevara a la dirección donde el director cuando se quedó a solas conmigo me reprendió y ofendió llamándome “¡negro ‘el carajo!’”, y peor aún, amenazándome con acusarme con mi abuelo. Mi inocencia y ternura fueron aplastadas por tal violencia, y mi indefensión se puso de relieve por lo que viéndolo como un cordero rumbo hacia el matadero, solo atiné a decir en mi defensa lo que le había oído decir a los vecinos de él: “Si usted se lo dice a mi abuelo, yo voy a la jefatura y digo que usted es ¡comunista!”. El hombre, cual camaleón, enrojeció, primero, para dar paso a un pálido blan-cuzco y verdoso. Me había salvado: era el año 1965, y “comunista” era una palabra tan grave y difamante como la de “puta”.



Buenas, malas, feas y sabrosas palabras de habla popular caraqueña (V)

Quinta entrega del acucioso estudio de la PAL (Popular Academia de la Lengua) sobre jergas y locuciones referidas al hoy, reivindicando el ámbito de la sexodiversidad

Entonces ocurrió que el buen Dios iba, simultáneamente, nombrando y creando todas las cosas que poblarían la Tierra. Así pues, primero fue el verbo, la palabra desplegada en toda su magnitud creadora. Y luego tomó de la tierra una bola de barro que modeló a su imagen y semejanza, le insufló vida y la nombró Adán: el primer hombre, a quien luego durmió para extraerle una costilla con la que creó a Eva: la primera mujer. A ambos jóvenes, casi en estado fetal, les prohibió comer del árbol de la sabiduría. Y ellos, que no conocían de las sutilezas del lenguaje y, por lo tanto, imposibilitados de saber las consecuencias morales de sus actos, puesto que, como afirma Wittgenstein, “los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”, dieron rienda suelta a sus inquietudes juveniles. La malvada y deletérea serpiente, en cambio, sí conocía extrañamente esas consecuencias, y se dedicó con delectación al celestinaje, a azuzar a los dos inocentes a la desobediencia, y a la concupiscencia.

Desde ese momento habrá de convenir que el misterio de la creación es, también un misterio lingüístico. Haber sacado a la mujer del costillar de Adán, fue como construir la metáfora de la dominación de la mujer por el hombre porque, por los siglos de los siglos, el machismo patriarcal encontraría inspiración y justificación en la palabra divina. El Supremo interrumpió su oficio de demiurgo para expulsar, cual terrateniente, a los dos jóvenes a los que, de paso, maldijo por siempre, incluso a su descendencia. Poniendo así en evidencia el lado oscuro de las palabras, del cual hablaba Platón, su otro extremo: destructivo y cruel para excluir, perseguir, humillar, estigmatizar y dominar, etcétera. En este caso, la palabra es la cabeza de playa con la que se toma el territorio del odio: es una lluvia gramatical excrementicia, que cae pertinaz sobre las minorías (o mayorías, inclusive) o sobre pueblos enteros por su color, maneras de pensar, orientación sexual, política o religiosa para someterlos o sojuzgarlos, incluso para convencerlos de que son culpables de lo que se les acusa. Hasta que estos encuentran en la propia palabra el arma con la que combaten la opresión, hasta conseguir su liberación.

“Marico”

Luego de siglos de tolerancia, en algunas de las más antiguas civilizaciones –donde se permitía su práctica total o parcial y que, además, formara parte de la ritualidad religiosa– la homosexualidad, femenina y masculina, comienza a ser execrada a partir de la entronización imperial y expansión del cristianismo en el año 390, con Teodosio, y a través de la Ley Scantinia, como actividad inmoral y contraria al orden natural y, por tanto, crimen nefando. Así pues, los homosexuales pasan a convertirse en una de esas cuantiosas minorías (hoy se dice que de 1 al 6% de la población mundial es homosexual) arrinconadas y oprimidas por toda clase de epítetos y dicitos. El que más ha prevalecido en nuestra lengua es el de “Marico”: palabra polémica en su origen y significado, puesto que se dice que viene del apodo aplicado en España a las y los María:



marica, mariquilla. Otros etimólogos afirman que “marica” es el nombre de una muñeca de trapo utilizada en los siglos XVI y XVII. En 1620 se utiliza “afeminado”, y en 1670 el de “cobarde”; en 1734 se define “marico” como hombre de pocos bríos; hacia 1787 (Diccionario de Terreros) se habla de marico, maricón, mariconazo, embustero, salamero y cobarde (sin hablar de sexo).

En 1860, en Lima, Perú, se utiliza “maricón” como hombre que sustituye a la mujer en sus oficios y en la cama; en 1869 el escritor Karl María Kertbeny crea el término “homosexual”, que proviene del griego *homos* y del latín *sexuales*. A fines del siglo XIX (Zerolo, 1895) se emplea “maricón” como sinónimo de homosexual. La atracción de un individuo hacia otro de su mismo sexo está asociada, de forma no precisa a otras palabras como *malakoy* y *arsenokortai*, pederasta, hebefilia, efebofilia, pedofilia. En el caso de las mujeres está relacionado con galbinatis, lesbianas, lésbicas, sáficas, butz o machonas. En culturas indígenas norteamericanas existían –y existen– los términos dos espíritus, bardaches

o badea que derivan, sucesivamente, de varios idiomas y que se refieren al hombre-mujer, o aquel que asume los roles femeninos; igual al muxe de los zapotecos de México, o el biza'ah de Teotitlán (también en México), o hijras en la India.

Con la Biblia los términos sodomitas y sodomía están asociados a las relaciones carnales. Luego, andando el tiempo, la biología, la psiquiatría, la psicología, la moral, la religión, etcétera, contribuyeron a ampliar el campo semántico relacionado con la homosexualidad. Así, tenemos palabras como perverso, pervertido, inmoral, pecador, desviado, aberrado sexual, trastornado mental o conductual, es decir, enfermo. Lo que cambió en 1973 cuando la Asociación Americana de Psiquiatría retiró de su catálogo la homosexualidad como enfermedad, y cuando en 1990 hiciera lo propio la Organización Mundial de la Salud, simultáneamente a todo esto los homosexuales fueron organizándose e imponiendo denominaciones para su movimiento y sus afiliados, y así se hicieron llamar homófilos, y luego gays, en los 70: palabra que proviene del francés, y que significa alegre o divertido.

En Venezuela se escuchó esa palabra a través del cine, gracias al actor mexicano Ramón Gay (nada sospechoso), quien vino en 1957 a Caracas, junto a la actriz Ana Luisa Peluffo, para filmar escenas de la película *La venenosa*. Luego en la televisión, y por primera vez, el 5 de agosto de 1965, cuando se presentó el grupo vocal panameño *The Gay Crooners* (“alegres cantantes”) en el programa *La gran revista del jueves*. Ahora bien, a partir de las protestas de Stonewall el activismo político homosexual fue internacionalizándose y se comenzó a usar las siglas LGB (lesbianas, gays y bisexuales), a las que se les fueron agregando otras iniciales para incluir otras expresiones distintas a las heterosexuales, hasta quedar en LGBTI. La T se refiere a los transgéneros, transexuales y travestis y la I a los intersexuales o intergéneros. Términos estos a los que se les puede agregar otros como poliamorosos, polisexuales, asexuales, omnisexuales, etcétera.

La guei tiví

En noviembre de 1952 se instala la televisión en Venezuela, y desde ese momento se convertiría en la herramienta más eficaz para que las clases dominantes impusieran su hegemonía cultural. Desde sus inicios, la columna vertebral de la programación de los distintos canales que se fundaron ha sido las telenovelas y los programas de humor. En estos últimos se comenzó a introducir discretamente el personaje del afeminado, hasta llegar a la exposición del homosexual de manera descarada y conver-



Juan Gabriel (Juanga) rompió el molde.



Charly Mata: "Tú no eras así".

tirlo en uno de los más atractivos y populares de tales programas. Con ello logró aumentar la segregación de ese colectivo a través de la burla constante y la masificación del desprecio. No solo aparecían en sketches como afeminados, sino como travestis, modalidad no muy conocida en el país—salvo en los carnavales, cuando a muchos hombres “les bajaba la jeva que llevaban por dentro” al disfrazarse de negritas. El travestismo en Caracas parece que comenzó con el español Raymond Debray,

por allá por 1925, luego siguió con Christine Jorgensen, que se presentó en el Coney Island en 1956 anunciado como El Hombre Transformado. Intentó repetir su presentación en 1960, pero la Liga Nacional de la Decencia, perseguidora de rumberas y mises, se lo impidió.

En 1959 los periódicos anunciaron la llegada de un grupo travesti gringo llamado Las Almohaditas. En Caracas se le llamaba “zoquete” desde los años 40 al homosexual que se vestía de mujer. Pero el verdadero zafarrancho moral se armó cuando grupos de travestis, o transformistas, tomaron la avenida Libertador como territorio propio. Después vimos en la “tivi” al personaje de Etelvina Rugarola, interpretado por Ariel Fedullo, y a Madan Cosmetic, interpretado por Joselo, actor que junto a su hermano Simón Díaz y Hugo Blanco llegaron a popularizar todos los diciembre “La gaita de las locas”. Después vinieron Lily y Lulú (Nelson Paredes y Pedro Soto) por la Radio Rochela. Estos actores hacían también el sketch de Batman y Robin que, de acuerdo al habla popular caraqueña, “tenían su jujú”, “una vaina rara por ahí” o “le daban la vuelta al peón”, bueno, ¡que eran maricos, pues!

Así, a pesar de las prohibiciones ministeriales, las televisoras todopoderosas, pese a ser acusadas en algunos momentos de pervertidoras y de estar fomentando la homosexualidad, hicieron caso omiso a críticas y reglamentaciones hasta llegar en 2017, e incluir en el programa La Bomba a un personaje travesti llamado “la Chiqui Diva” o la Chiqui Lorens” (Juan Solórzano).

Karla Luzbel fue el primer actor transgénero en trabajar en la TV venezolana. Al principio era un auténtico escándalo cuando aparecía por la TV; un individuo amanerado como, por ejemplo, Pedrito Rico; luego, le siguió un tipo que imitaba a La Lupe: El Lupito; y después, Raphael y su fina gestualidad. Pero quien “rompió el molde” fue Juan Gabriel: Juanga. Luego la cosa se hizo normal, y hasta popular, y llegaron Boy George y Culture Club, el grupo Locomía y Divine, portadores de la ambigüedad o androginia que antes habían exhibido tipos como David

Bowie, Freddie Mercury, Prince y Michael Jackson, entre otros.

Con ellos la televisión le creó a los gays otros oficios dentro de ese medio como el de fashionista, periodista de farándula, y gaytrólogo (astrólogo gay), uno de ellos era Walter Mercado. Otros personajes populares de los programas cómicos que imitaban a homosexuales fueron Juanito el Machazo, Párgula, Charly Mata (“uno no es de hierro”, “tú no eras así”) y otros.

Desde hace unos años la televisión mundial y nacional comenzó a ser más tolerante con los homosexuales, pero no fue por rectificación ni por solidaridad, sino porque luego de estudios de mercado se dieron cuenta del poder de consumo de este colectivo e iniciaron, entonces, la producción de series y programas donde se les admitía abiertamente. En 1985, por ejemplo, la Reina de los Culebrones, Delia Fiallo, fue la autora de la telenovela Cristal –todo un suceso de sintonía, dentro y fuera del



El tema “Ymca”, de Village People, se entronizó como himno gay.



Con "Fiebre del Sábado por la Noche, se desata la "locura" por la música disco.

país-, donde incluyó la novedad de un personaje gay: el modisto Piero (Lino Ferrer) que, de paso, impuso la frase "de lo last".

Fiebre del sábado

En 1978 se desata la fiebre mundial por la música disco, y las discotecas se vuelven a poner de moda a partir del estreno de la película "Fiebre del sábado por la noche", con John Travolta como protagonista. La discoteca Studio 54 de Nueva York, se convierte en el modelo exportable de diversión nocturna hacia casi todo el mundo, incluyendo Venezuela, donde comenzaron a funcionar los "bares de ambiente", frase con la que comenzaron a identificar a los homosexuales criollos. En el pasado, una fiesta o reunión de tipos bailando con tipos era llamada "ballet rosa-do", y ¡Ay de ellos!, si les allanaban el local o la casa de baile y eran pobres porque, además de la sanción de sacar su imagen en los periódicos amarillistas, se les aplicaba la Ley de Vagos y Maleantes. Si los bailarines

eran adinerados y pertenecían a la “jai” (por high society) podían seguir tranquilos echando un pie. Con la película Fiebre... a las fiestas gays se les llamó travoltistas, y a los homosexuales travolteaos. Las discotecas crearon un sinfín de costumbres, espectáculos y personajes (como las drags queens y los drags kings) a la cabeza de grupos que bailaban y cantaban, como un himno, las canciones de Village People y las reinas de la canción disco.

“Sidosos”

En plena fiebre de la disco comienza a correr por las calles de Nueva York el terror por una extraña enfermedad que atacaba, principalmente a los homosexuales, haitianos y heroinómanos, por lo que la llamaban la Triple H. Luego la bautizaron como “cáncer gay”. Hasta que en 1981 comenzaron las revelaciones científicas y así llegar a 1984, año en que se logró identificar el virus causante. Pero el escándalo mundial sobre la enfermedad llegó cuando murió, por causa de esa enfermedad el actor Rock Hudson. Entonces, otra vez la oscuridad de las palabras envolvió con sus penumbras y sus desprecios a la comunidad gay, y la palabra sidoso se agregó a la ya larga lista de dicitos e imprecaciones con los que se escarnecía a los homosexuales, declarando la enfermedad como la peste del siglo XX, y un castigo divino por tan grave pecado: una reedición de Sodoma. Muchas confesiones religiosas se mostraron alborozadas esperando por el exterminio celestial.

Más marico será usted

La cartografía semántica homosexual es amplísima si incluimos los términos que se utilizan en cada país, región y localidad, ¡imagínese usted!, pero el caraqueño ha hecho caso omiso a casi todas las palabras del glosario culto con las que se denomina a los homosexuales, y se ha quedado, principalmente, con tres: gay, transfor o tranfol, y marico. Además de estas, ha creado una abundante e ingeniosa cantidad de palabras

para referirse a lo mismo. El uso de la palabra “marico” se ha extendido tanto que se ha convertido en una muletilla de uso constante en el habla popular y despojada del contenido sexual original. “¿Qué pasó, marico?”, a modo de saludo. “Marico, te pasaste”; los sifrinos tuercen la mandíbula para decir “maareeco” (lo mismo que hacen con “mar-deeeeto”); y hasta las mujeres se dicen “marica, llámame”. Ahora bien, para referirse a los homosexuales esa es la palabra que prevalece, con sus diminutivos y aumentativos: marico, maricón, mariconzón, mariconcete, medio marico, mariquito, mariquita, amariquiao.

Hace años al homosexual se le antepone el calificativo marico al nombre propio: “¿Qué le pasa al marico Carlos?”, “dígame al marico Marlon tal cosa”, y así. A un homosexual serio y discreto lo llamaban marico reservado, y ahora enclosetao o que no ha salido del clóset. También se han utilizado eufemismos como hombre de finos modales, de suaves ademanes, refinado, de gestos delicados, manita caída, amanerado, vete-rano, raro, raroso, medio raro, andrógino o de conducta ambigua. Le siguen otros símiles a veces incomprensibles, como los de animales; por ejemplo: pato, patongo, plumífero, mariposo, mariposa, mariposón, mariposita; pargo, parguito, pargolete, párgula. Y continúan con otros francamente extraños como argolla, parcha, parchita, partío, regalao, becerro, cucos. A los bisexuales: bicicletas, doble cañón, o aguja (porque puya y se deja puyá). A las mujeres: lesbiana, machorra, machito y cachapera. A los que gustaban de los muchachitos o adolescentes los llamaban nonateros, asaltacunas, cacorros o, simplemente, sádicos.

Frases complementarias

No solo es la acusación o el insulto directo hacia el ofendido, sino que, además, la agresión siempre está precedida o incluida en un juego de palabras o frases de doble sentido, no solo para agredir, sino también para hacer chanzas: “Fulano se deja puyá las arvejas / con un policía /



El “escándalo” de Rock Hudson sirvió de trampolín para dar a conocer el sida.

de noche y de día”. En cuestión de granos había que tener cuidado de no ser víctima de otro, que al usted decir “caraota”, le responda “¡le saco!” o “me bañó en sopa”. A manganito le gusta que se lo caraotéen, o que le saquen las caraotas, o le empujen los pelos pa dentro”, “a Zutano se lo maraquean”, “se pasó pa’l otro lado”, o “es del otro lado”, o “se pasó pa’l enemigo”; “se perdió esa cosecha”, “se perdieron esos reales”, “se perdieron esos papeles”, “lo perdimos”; y “¡Ay coño, qué agua tan fría!”; “¡huele a quemao!”; “¡huele a marico!”; “¡umjúm, cojo culo y pago el viernes! (¡o con chapas!)”; “¡Ay, esteniño, pero tú no eras así!”; “¡chinaazoo!”; “¿qué pasó, papi, te bajo la jeva?”; o “¿se te salió la jeva?”; “marico no, señor marico pa la próxima”; “¡Ay, a este se le moja la canoa!”. Están también los relacionados con los carros: “fulano tiene un espiche o un escape”; “está pasando aceite”; “bota la segunda”; “se le enchumba el motor (o las bujías)”; “le gusta que le midan el aceite”, “qué le metan la mocha”, “se va en retroceso”. ¿Y usted, amigo lector, es molusco o es marisco, ah?, ¡defínase!

Publicado el 01/10/2021

¡¡Uuff chiamooo, semerenda nota !! (1)

*Una crónica sobre el consumo de drogas en la Caracas del siglo XX,
para fumársela después de leerla*

Gilbert –¿o Pierre?- Pompier, es un personaje clave para comprender el período que va de Gómez a Pérez Jiménez. Fugado de Cayena, recaló en Venezuela en 1920, y se hace parte muy visible de los vertiginosos cambios que se operan en la ciudad en toda esa etapa al realizar actividades que alteran las costumbres de una ciudad bucólica y rural que casi desaparece por la acción de las palas mecánicas. Él introduce cambios en las maneras de comer y recrearse a través de sus restaurantes y centros de diversión nocturna. Como reconocimiento público lo llamarán “el hombre que enseñó a comer a los caraqueños”, y “el zar de la noche caraqueña”. Su vida disparatada y disoluta fue objeto del interés de la prensa y de los políticos y poderosos de su tiempo. Ahora bien, lo citamos aquí porque en el catálogo de vicios y perversidades que se le atribuye está el haber iniciado la costumbre de empolvarles la nariz a muchos venezola-



Henri Charriere, El Papillón.



Cae el rival, Petróleo Crudo.

nos con cocaína que llegaba a Cuba desde Turquía a través de Marsella, conocida entonces como la Shanghái de Europa. Tan involucrado estaba en esta práctica que en 1945 atrapan a siete traficantes, todos amigos y empleados de él en El Trocadero, y defendidos por el famoso abogado Mario Ortega, reconocido representante legal de delincuentes y de Deloffre. Cae en desgracia cuando derrocan al gobierno de Medina, matan a su rival mediático Luis Crescencio Mejías (a) “Petróleo Crudo”, y liberan a su paisano y colega de vida disipada Henri Charrière (a) “Papillon”. Dicen que cuando levantaron su cadáver, en la clínica donde murió encontraron cinco gramos de cocaína.

Músicos y anacoberos

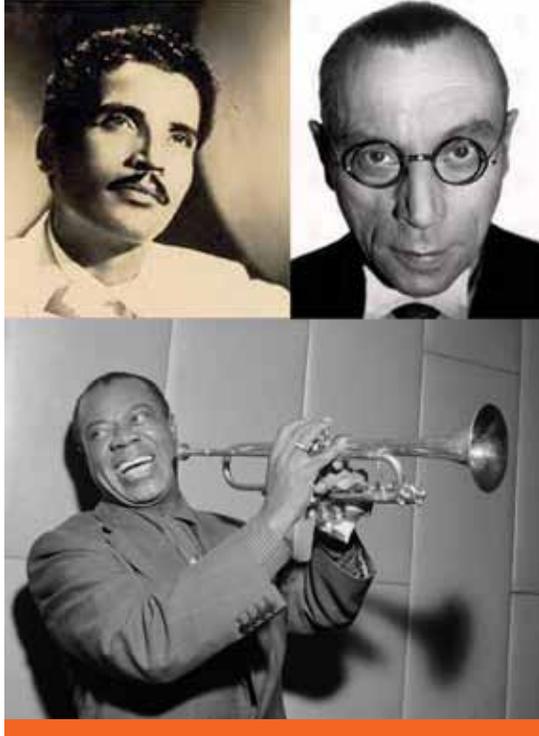
Daniel Santos ya era muy popular en Caracas cuando llegó en 1947. Proindependentista puertorriqueño, cantante de peculiar voz que destacaba por el continuo uso del estacato; mujeriego, bebedor impenitente, antiimperialista, simpatizante luego de los guerrilleros cubanos, putaño-ro, peleón y consumidor de drogas: Salvador Garmendia lo ubica para

esos años como el rey, el padrote del burdel de “la gata” Felicia en Alta-vista, Catia, en su cuento prohibido *El Inquieto Anacobero*. En 1951 es allanado el hotel donde residía encontrándosele una buena porción de cocaína. Al año siguiente le prohíben participar en los carnavales por mala conducta (eso dijeron en *Últimas Noticias*). “La gata Felicia” era María Luisa Saavedra, una mujer muy elegante y atractiva que no delataba su oficio, “y creías que era una tipa de la hai”. Cuando Luis Jouvet llegó a Caracas, Papillon le dio un banquete en La Pastora con las mujeres más bellas. “La cocaína la servían en platicos de dulce, y la gata era la mujer más elegante; nadie supo quién era, toda la alta sociedad se comió el trazo” (*El Inquieto Anacobero* 2004/105).

Pero Santos no vino solo, a partir del año 1938 la ciudad fue prácticamente invadida por numerosas orquestas que la convierten en una de sus plazas más apetecidas, coincidiendo con los cambios urbanos que se realizaban en ese momento y que iban desapareciendo a pasos gigantados la vieja ciudad. A los que habría que agregar otras novedades como la aparición de numerosas emisoras de radio, en cuyos estudios se presentaban en vivo; los sitios nocturnos que competían entre sí con la presentación de estos músicos, cantantes y rumberas, y el vertiginoso crecimiento de los teatro-cines que, en número de 78, llegaron a crearse desde ese año hasta los cincuenta.

Las orquestas, que no solo provenían de Cuba, sino de New York, comenzaban a hacerse famosas en las noches de rumba interminable del Palladium (cerrado, por cierto, en 1966 luego de una redada por drogas), donde no solo traían esas agrupaciones un cargamento de sabor musical, sino muchos músicos con sus dosis de cocaína para consumirla, compartirla o venderla y ganarse un dinerito extra.

Se cuenta que por debajo de las mesas de los dancing iban pasando, de mano en mano, y envueltas en papelitos de caramelo las pequeñas porciones. En esas notas (y de allí procede la frase “agarrar una nota”),



Daniel Santos, Louis Armstrong y Luis Jovet
fueron reseñados en prensa

estuvieron incluidos los músicos de jazz que también llegaron a frecuentar la capital, cuyo consumo era extendido desde el origen mismo de ese ritmo en los Black and Tans de New Orleans. A Louis Armstrong le prohibieron la entrada al hotel Tamanaco en 1957, por ser negro y no por fumón: decían que el hombre quemaba más monte que un incendio en El Ávila. Elsi Brizuela, rumbera, y bautizada con el título de la famosa canción compuesta por Bobby Capó, Piel Canela, fue la novia de Benny Moré cuando este llegó a Caracas en 1953. En 1963 tenía por cárcel la ciudad de Maracaibo: había sido acusada de sospechosa del asesinato del amante. Allí murió luego consumida por el vicio y las enfermedades.

Continente, Rumbos y Últimas Noticias

Radio Continente (1939) y Radio Rumbos (1949) eran dos emisoras con cobertura nacional que competían entre sí con una programación simi-

lar, donde resaltaba el noticiario que transmitían tres veces al día: Radio Reloj Continente y Noti-Rumbos (El periódico impreso en la radio) en 1959. Ambos eran estridentes y bullangueros y acostumbraban a darle un tono escandaloso a las noticias agregando frases y expresiones que tomaban de la calle y que luego se popularizaban. El cambio de una información a otra lo producían con una marimba con la que aumentaban el grado de alarma y creaban un reflejo condicionado en los oyentes que, cual perros pavlovianos, se interesaban más por lo que radiaban los locutores. Últimas Noticias (“La Noticia” le decían), también aparece incluida en el paquete de novedades de aquellos años (1941), y llegó a convertirse en el periódico más leído por muchos años. Sus titulares de primera página eran de letras bien grandes y redactados sin elegancia ni eufemismos; de su última página manaba verdadera sangre puesto que era el lugar donde aparecían los despanzurrados, ahorcados, asesinados,



Radio Continente era uno de los medios con expresiones populares.

con los sesos afuera, y en amplias imágenes tomadas por excelentes fotógrafos. Era también el lugar donde se anunciaban los crímenes pasionales a los que el periódico convertía en reportajes en serie que mantenían en vilo el interés de los lectores. Se le acusaba de populachero y amarillista, y se dijo que el brochazo se lo pasó el periodista Oscar Yáñez (alias “Chivo Negro”). Los titulares del periódico eran esparcidos por toda la ciudad por los pregoneros vendedores quienes los voceaban aderezándolos con auténticas creaciones literarias, unos “cadáveres exquisitos” que, de haberlos oído, los hubiera envidiado el mismísimo André Bretón y sus conmlitones o compinches surrealistas.

¡Extra, extra!

“Oigamos” entonces, con la imaginación, a los locutores de ambos noticieros narrándonos, brevemente, la historia del consumo ilícito de drogas a través de la lectura de los titulares de este periódico. “¡Lo que faltaabaa!: En rollos de película están introduciendo cocaína” (febrero 1950). “¡Cabareteras se casan con criollos para evitar que las expulsen del país!” (julio 1953). “¡Ayyy ahora sí que se montó la gata en la batea!: Anciana pretendía introducir drogas a recluso de la Modelo” (agosto 1961). “La nueva ola de las drogas ha tomado Caracas” (febrero 1962). “Marihuaneros y corruptores de menores detenidos a tiros, banda los diablos negros” (junio 1963). “¡Uujú de tal palo tal astilla!: Suegro y yerno presos por dirigir tráfico de marihuana en La Modelo” (julio 1964). “¡Ajaá, ajaá!: ¡Allanaado depósito de marihuana en Catia, callejón Double Águila de Ciudad Tablitas!” (febrero 1966). “Otro auto de detención contra Chino Cano, Capecci y Paredes por traficar con drogas” (febrero 1973). “¡Este sí que perdió la cabeza!: Anciano le cortó la cabeza a drogadicto que hacía escándalo” (junio 1975). “¡Cojan palco!: Kilo y medio de cocaína y bazooko decomisó la PTJ en redadas” (septiembre 1988).

¡Ufff chiamooo, semerenda nota! (y 2)

Segunda entrega de una crónica que narra las vicisitudes del consumo de drogas en Caracas de mediados del siglo XX

Clocló y Cocú eran “par de dos”, par de raticas, uña y sucio -unas mentecitas, pues- a quienes cabe la deshonra de estar dentro de los pioneros (1953) del jibaritismo parroquial. El dueto expedía “la merca” en la voluminosa cantidad de bares que habían en Catia, y también en los cines, provocando en los cinéfilos consumidores reacciones que emulaban a los populares héroes de las películas: Superman, Batman, Tarzán, Dick Tracy, etcétera. Y sino, a los luchadores: Santo, Blue Demond, Huracán Ramírez y otros. “El Hombre Invisible” era muy popular pero inimitable; igual Flash Gordon, pero lo evadían porque todo lo hacía muy rápido y algunas mujeres insatisfechas acusaban a los hombres: “¡nojooda, chico: te pareces al Flaj Gordon ese!.

Aquello era coñazo y coñazo a la salida de los teatro-cines. Cuentan que en el año 72 proyectaron la película del Festival de Woodstock en el vetusto teatro Bolívar (1929) de la avenida Sucre, y en la sala parecía que



La marihuana fue una de la sustancias más populares desde los 40's.

había penetrado la espesa neblina de Catia debido a la generalizada quema de “monte”. Cuando prendieron la luz, la sala estaba llena de policías de “la metro” (Metropolitana) por todos lados queriendo llevarse presos a los que estaban “tronos o trabaos”, que le decían a los pacos haciendo la V de la victoria: “paz y amool, broder, paz y amool”.

La marihuana era la droga más solicitada en el ámbito popular desde los años cuarenta. A partir de los sesenta su consumo creció exponencialmente gracias al contradictorio apoyo de las campañas de prevención que –según algunas investigaciones– lograron estimular la curiosidad de los más jóvenes de la sociedad, transformando un problema de orden público en uno de salud pública; agregando un elemento más a la violencia generalizada del país en donde los gobiernos llegaron a admitir que la delincuencia estaba ganándoles la batalla. Tuvo también una característica clasista porque mientras en los sectores populares se consumía “la marroña”, preferentemente, desde la clase media para arriba se usaban las drogas exóticas: cocaína, opio, morfina, hachís, LSD, etcétera.

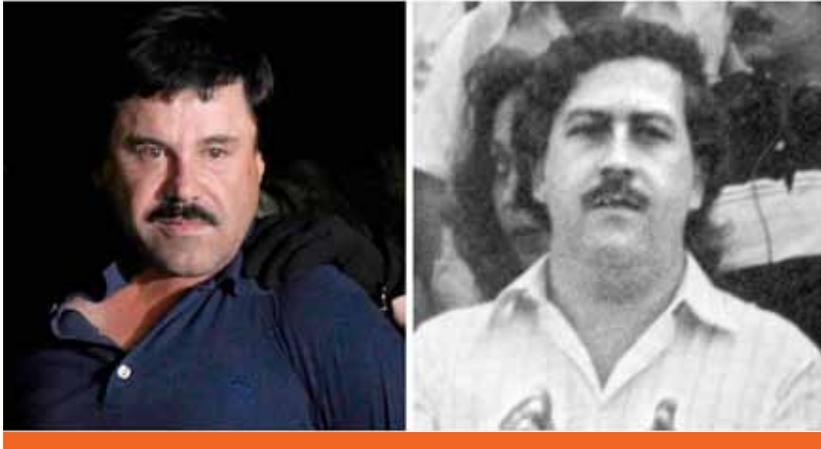
La droga también fue un aliado más, y efectivo en la lucha contra el comunismo, en el caso nuestro se utilizó para intoxicar a los muchachos y apartarlos de las luchas populares que en ese momento ocurrían. El consumo y distribución de drogas incorporó al léxico caraqueño numerosos términos. A la marihuana, por ejemplo, se le llamó: mariguana,

marijuana (en clave, tú sabes: pa' disimulá) hierba maldita, yerba, monte, marroña, manteca, mafafa, machiche. De esos sustantivos se derivaban los calificativos al consumidor: marroñero, mafafo, mafafero, machichero, y marihuanero. ¡Ah! y también “periquero” si consumía cocaína, y daño, y drogo. A estos se agregaban los provenientes de la psiquiatría y la policía: consumidor, drogo o narcodependiente; sustancias psicotrópicas y estupefacientes. Narco se convirtió, a partir de los setenta, en un prefijo para denominar la mayoría de las actividades relacionadas con la droga: narco, mula, terrorista, distribuidor, tráfico, guerrilla, negocio etcétera.

“Paren al mundo que me quiero bajar”

Fue una de las consignas más contundentes y reveladoras del ánimo que imperaba en aquella sexta década donde cada año se incorporaban más y más consumidores jóvenes buscando sumergirse en la inconciencia, quizás para no enfrentarse a la desesperanza, la miseria, y la confusión reinante. Otros, claro está, lo hacían por puro hedonismo, por imitación o porque “era sévere broder”. Fue tal la avidez por las drogas que hasta en Berkeley, Estados Unidos, elaboraron un manual para preparar “bananadine” con conchas de plátano y de cambur. (¿Te'tas fumando las cáscaras de guineo?, pregunta Lavoe en una canción).

Siguiendo esa onda drogoecológica, los daños de aquí elaboraban sendos tabacos, yoe, chicharras, o rolinpeiper, con las semillas de manzana, y de Barquisimeto se trajeron la campanita (escapolamina) de la que se deriva la burundanga pa' engorilarse. Sumémosle a esto las pastillas analgésicas como el optalidón, conmel, cafenol que ligaban con “cocacola” y se metían senda voladora. Al que las consumía se le decía que estaba “pepo” por meterse también remedios psiquiátricos como mandrax, rupinol, fenobarbital, seconal sódico, etcétera. Catia era la principal productora de calzados del país, y los huelepegas tenían latas a



"El Chapo" y Pablo Escobar eran las peores referencias del narcotráfico.

montón para facharse. La mayoría eran niños que en las noches parecían enanos espectrales que se movían como zombis.

Hippies, patoters y carteles

Durante todo el siglo pasado fuimos una caja de resonancia, primero de lo que sucedía en Europa, luego de lo que ocurría en los Estados Unidos; lo que acaecía socialmente en ambos lados repercutía aquí casi inmediatamente y lo reproducíamos adaptándolo a nuestra manera de ser. En los Estados Unidos comienza a gestarse, a partir de los años cincuenta, una serie de movimientos contraculturales que, rápidamente fueron penetrados por los gobiernos de la época, temerosos de perder su hegemonía. Así que muchos fueron infiltrados mediante el consumo del LSD a través de la operación "MK" Ultra organizada por la CIA y el FBI para controlar la mente de los protestatarios. La droga también fue suministrada por el mismo gobierno a los soldados gringos que pelearon en la larga guerra de Vietnam para que se sintieran más poderosos y redujeran las horas de sueño. Con eso se repetía lo que ya habían hecho en la segunda guerra mundial en la que se comenzó a experimentar con anfetaminas y metanfetaminas. En los años sesenta aparecen los "jipis"

con su consigna de “paz y amor”, su prédica de amor libre, y su vida errante y comunitaria.

Tales muestras de libertad fueron neutralizadas por la psicodelia y difamación de Hollywood que los convirtió, con sus *road-movie*, en maleantes de carretera y arrasadores de pueblos. Aquí en Caracas fueron replicadas, hacia finales de los sesenta, entre otros grupos, por las llamadas “patotas”: pandillas vandálicas constituidas por “niños bien” del este de la ciudad que se desplazaban en costosas motos identificándose con nombres como: Los Intrépidos, Los Chéveres, Plata Negra etcétera. Andaban con gruesas cadenas con las que destruían lo que se les atravesara, y con las que peleaban entre sí. Y claro: consumían drogas duras y costosas en los estacionamientos de centros comerciales, algunas discotecas y en las llamadas “mermeladas”: eventos creados por Cappy Doncella y los “Cerebros Elásticos” para difundir la era de acuario. Las patotas cesaron en 1973 combatidas por el “gato” Molina Gásperi” de la PTJ, y por el repudio social que advino luego del asesinato, por una de esas pandillas, del niño Vegas Pérez.

Las décadas siguientes verán expandirse el tráfico y consumo de todo tipo de drogas con el hipócrita descaro de gobiernos y organizaciones que decían combatirlos y que, lejos de impedirlo lo convirtieron en uno de los mayores negocios del mundo. Toda una verdadera poderosa y pujante industria transnacional organizada en carteles que deja enormes ganancias a sus socios y su estela de cadáveres y miseria humana regados por todas partes.

Amistades peligrosas

No la tenían fácil los consumidores o drogados a mediados de los sesenta y setenta. El “qué dirán” era determinante en su comportamiento y sobre ellos pesaba la segregación y hasta el desprecio no bien disimulado. La muchachada se dividía entre los chamos sanos y los dañosos. Los últimos



Aparecen los movimientos con consignas de paz y amor.

se escondían “pa’ metese su vaina”, chirriarse, arrebatarse, “meterse una nota o un tabaco”, “darse un viaje o unos toques”, “ponerse pa’ tras o hasta el culo (hoy en H-Mas)”, engorilarse, “ponerse borrao”, sollao, alucinao, “echalse a peldel”. Se escondían, si, pero el olor, los ojos y el extraño comportamiento los delataba. Cuando se coincidía con uno o varios de ellos primero llegaba el chisme a la casa que uno mismo. “¡Fulano, te llama tu amá!”; te avisaba alguien, te sonaban las alarmas y te ibas como en un dolly-in, veías a tu mamá en un plano general en la ventana de la casa, y te detenías en un primer plano de su rostro adusto y fruncido el entrecejo; abría la puerta y ordenaba: “pasa pa’ dentro”, y uno chorreao, blandiendo un palo inquiría altisonante: “¿se pué sabé qué hacías tú hablando con el Pablo Escobar y el chapo ese ah!?, ¡Habla, carajo!”. Con voz trémula y temblando respondías: “na, na, nada amá: es que me los encontré y los estaba saludando”. Sentenciosa advertía: “que sea la última vez que yo sepa que tu andas con esos mariguaneros, porque la próxima te doy un coñaza de padre y señor mío, ¿me oiste?”. “Sí amá, sí” repondías, y en lo subsiguiente cuando veías algún carajo de esos cruzabas para la otra acera para evadirlo porque enseguida recordabas la advertencia materna, y que va mi pana, ¡ni de vaina!



Publicado el 15/01/2021

En la casa del dragón en Catia

*Una crónica escrita con salsa agridulce para comérsela
como una lumpia*

En el complejo mundo simbólico de la cultura china, el dragón ocupa la cúspide de esa nación por ser el padre de todos los chinos. Esa mezcla de nueve animales que lo constituyen representan el poder, la sabiduría, y las fuerzas de la naturaleza que cada chino, como sus descendientes se han encargado de promover por el mundo desde que a principios del siglo XIX comenzó la diáspora china. A Venezuela comenzaron a llegar, a partir de 1847, desde Cantón y Guandong. Pero su establecimiento en estas tierras no fue nada fácil por cuanto a partir de 1912 comenzó a regir una legislación de corte positivista que lo dificultó hasta los años 40. En ella se prohibía la entrada de “individuos que no sean de raza blanca y mayores de 70 años”. Esa restricción se reitera en sucesivas leyes: 1913, 1918, 1923, 1932, y 1937.

El 25 de septiembre de 1929 se prohíbe la entrada a chinos, con absoluto desprecio, “ya que de cierta época a la fecha viene en aumento pro-



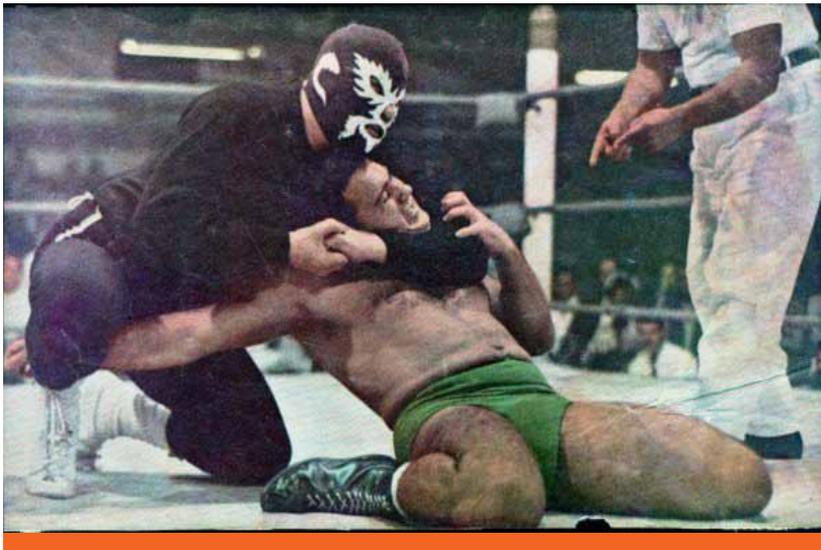
gresivo una fuerte corriente de inmigración de chinos al país que tienen acaparado, casi en su totalidad, el comercio de pulperías, botiquines y restaurantes en las principales ciudades de la República, y como la venida de tales sujetos en alta escala constituye un peligro, no solamente para el comercio, sino para la sociedad” (Memoria y Cuenta de la Gobernación del Distrito Federal 1930). Esas medidas se extendieron hacia árabes y negros. Estos últimos, si ya habitaban en el país, debían pedir permiso para ir de un sitio a otro. El ricachón H. L. Boulton dirigió carta al ministro del Interior, preocupadísimo, para saber cuál era la nacionalidad de los negros a los que se refería el decreto. Finalmente en 1942, en pleno fragor de la Segunda Guerra Mundial se indica, en la Ley de Actividades de Extranjeros que podrán crearse campos de concentración para internar en masa a los extranjeros que se consideren peligrosos. No obstante tales prohibiciones esa corriente migratoria no cesó y hasta se convirtió, con el tiempo, en un provechoso negocio para los tratantes de personas. Cómo fue de grave el asunto que establecidas las relaciones diplomáticas entre Venezuela y China se acusa al encargado de negocios, en diciembre de 1947, de cobrar “vacuna” mensualmente a sus connacionales, bajo amenaza para asegurarles su permanencia. Durante

el resto del siglo XX fueron frecuentes los titulares de prensa que revelaban el tráfico de chinos. “Asesinan a chinos que iban a ser introducidos ilegalmente en Venezuela”, decía uno de 1951; “Se incrementó ingreso ilegal de chinos al país”, decía otro en 1998.

Pese al descarado racismo la comunidad china había logrado organizarse, y en 1936 creó el Club Unión China, presidido por Armando Hung, León Chang, Jorge Hung y Julio Guillermo Fung. La sede de esa organización fue allanada en julio de 1966, por la policía. En 1944 la inquina institucional se había reducido al punto de inaugurar la Legación China que se convirtió oficialmente, en embajada el 28 de junio de 1974. En octubre del 56 un funcionario de esa embajada le dio muerte a un niño al arrollarlo con su auto. En 1948 se establecen negociaciones entre ambos países, para intercambiar petróleo por inmigrantes y productos industriales.

Cuentos de chinos

Los chinos de mi infancia se caracterizaban por su circunspección y aislamiento social. A diferencia de los “musiúes” y los “jabibis” que se mezclaban en el bochinche, la sobadera y las ruidosas celebraciones de los “criollos”. Encerrados en sus negocios, grandes y pequeños, ese aislamiento producía toda suerte de comentarios: jocosos unos, y otros francamente malintencionados que consolidaban esa aura misteriosa que existía sobre ellos, y creaba habladurías sobre sus desconocidas costumbres: que si se comían los gatos; que si a los difuntos los convertían en lumpias o costillitas; que si le colocaban los nombres a sus hijos luego de tirar una lata por una escalera, en fin: esas características percibidas como extrañas, así como sus actividades, dieron para la elaboración de frases que aún tienen vigencia, como por ejemplo: *Cuentos Chinos*: con esto se referían a una mentira estrambótica y disparatada: “¿Me vas a vení con ese cuento chino ah?”, equivalente a “¿me vas a caé a muelas?” o



El implacable Dragón Chino haciéndole de las suyas.

“semerendo mojón”, o al “senda lírica” de hoy; *tortura y paciencia china*: Hacían alusión ambas frases, a la crueldad y el sadismo que el cine de Hollywood le atribuía a los chinos que, según ellos, veían pacientemente a sus víctimas consumirse en el dolor. Paciencia esta que aplicaban, impertérritos, a otras situaciones de la vida y que, en realidad, se refiere a esa capacidad de los chinos por no forzar los acontecimientos. “Eres peor que una tortura china”, y “¡carajo dame paciencia china!”.

Nuestras abuelas y madres y sus amigas solían decir elevando sus manos al cielo: “¡Señor dame paciencia y en el culo resistencia!”, *si no hay lial no hay lopa*: es decir: si no me pagas antes no hay mercancía. Esa frase proviene de la primera actividad que desarrollaron los chinos en el país: la tintorería o las lavanderías. De esa frase deriva otra: “*más caliente que plancha e chino*”, utilizada para demostrar que se tiene una rabia o ira descomunal: incontrolable. Pero en muchas ocasiones se le daba un contenido sexual al decir: “¡Mamasiitaa, me tienes más caliente que plancha e chino!”, o “te voy a poné más caliente que plancha e chino”. Este uso erótico de la frase puede relacionarse con el famoso mentol chi-

no de efecto retardante en la eyaculación masculina, y dolor de cabeza de las prostitutas.

“Se fumó una lumpia”, el ingenio del habla popular elabora con esto una metáfora de la desmesura, del ridículo, y hasta la locura repentina, porque “fumarse una lumpia” es hacer algo no solo inadecuado, sino ridículo, incoherente e inoportuno. Quién sabe porque esa comparación, pero la lumpia fue uno de los platos más consumido por los catienses cuando existían muchos restaurantes chinos; ahora están cerrados todos aunque hay más chinos. Y fue también uno de los primeros platos que expendían en el primer restaurante de comida china de Caracas El Shop Suey que, según Eleazar López, funcionó en el pasaje Capitolio, y fue creado por Joaquin Hang con cuatro de sus sobrinos en 1928.

A la mala fama que algunos atribuían a la comida china contribuyeron unos chinos y unos italianos que en enero de 1959 trataron de vender carne de un animal no identificado y a que, en enero de 1974, atraparon un chino en Barquisimeto que mató a un paisano por una cebolla. “No soy un florero chino”: Significa que no se es un inútil, que no estás pintado en la pared. Aunque hay que decir que es en esa elaboración artística y artesanal donde los chinos más destacan por sus temáticas y policromías de compleja elaboración. “Chinito en pelotas”: Frase a la que encontré sentido cuando me enteré que el martes 14 de diciembre de 1948 el chino León Chang, habitante de Pérez Bonalde, fue denunciado por su esposa ante la Jefatura Civil, porque cada vez que se disgustaba o calentaba, más que una plancha chino le daba por desnudarse dentro y fuera de la casa, y así, cuchillo en mano, ponía en zozobra a la denunciante esposa y a sus hijos.

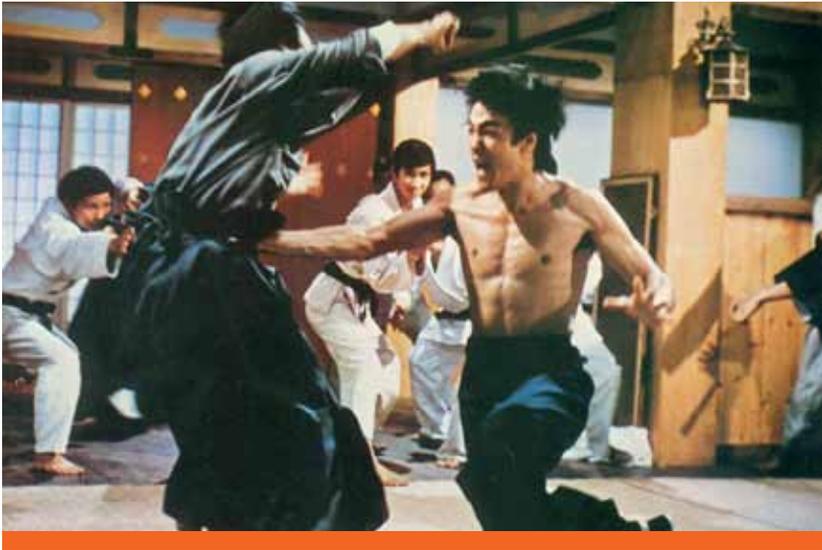
Más raro que entierro ‘e chino

Los rituales fúnebres de los chinos suelen ser muy reservados, de allí que hayan despertado las sospechas y maledicciones de la gente que ya

hemos reseñado. De la única muerte de chino que sabemos es por la invitación al funeral, en la capilla El Carmen, de la avenida Sucre, de Juan Enrique Fong Sin Lang el 29 de marzo de 1976. “Te cae la madre cada vez que respire un chino”: Es una imprecación que toma en cuenta el aspecto demográfico de la China que siempre ha tenido una alta población. Un matemático de la UCV quiso darle expresión matemática al asunto donde: $MM \times PCh / Rv = MMV$ (mentadas de madre por población china entre respiración de la víctima, es igual a la cantidad de las mentadas de madre a la víctima).

Cuando los chinos se pusieron de moda

Cuando llega la década de los 60 la China pobre y atrasada secularmente va dando paso, bajo la égida del “gran timonel” Mao Tse Tung, a un país que bajo el comunismo comenzaba a asomarse como el gigante tecnológico/económico y cultural que es hoy. Recogida en su tradicional timidez, la nación china no escapaba a la curiosidad mundial. Tal era su importancia geopolítica, que Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos, tomo la iniciativa de visitarla en 1972. Conocedor de la inventiva y del espíritu guerrero y emprendedor de los chinos, quienes poseían, desde 1964 la bomba nuclear y el Ejército más numeroso del planeta, se acercó para ahondar las diferencias entre China y su vecino ruso, y para impedir el respaldo que ésta le daba al pueblo vietnamita, como lo había hecho con Corea del Norte, de que los gringos salieron derrotados como saldrían también de Vietnam. Aquí, en Venezuela los jóvenes daban brincos desaforados bailando ritmos yeyè y a-gogò enfundados en un traje “mao”, y las mujeres utilizaban blusas con mangas acampanadas y en telas chinas que combinaban con minifaldas, un peinado estilo torta, y hasta un parche “dayanESCO” en un ojo imitando al general israelí Moshé Dayán, verdugo del pueblo árabe. Años después un niño mirando el álbum de fotografías de la abuela le preguntó: “¿Abuelita y de qué estabas



Bruce Lee, el rey de las artes marciales china en Hollywood.

disfrazada tú allí?”. Hubo un tipo de perro pekinés que fue la mascota preferida de muchos venezolanos en esa década mucho antes del chow chow.

Lin Yutang viene al país en enero de 1962 y afirma: “La gente desea ser respetada y tener suficiente para comer”. En 1965 se realizó un homenaje a la República China en la Asociación de Escritores de Venezuela. Hasta una epidemia de gripe fue bautizada en 1969 como la “Hong Kong”. Agréguese que en el conflicto guerrillero en Venezuela, una de las tendencias reconocidas era la maoísta, o la de la guerra popular prolongada. “La china” y “el chino” son sobrenombres familiares con los que se bautiza a algún miembro de la familia, o a otra persona con los ojos rasgados. Francisco Hung excelente pintor venezolano es conocido por ese apodo como lo fue el único que quedó preso de los acusados por el horrible caso del asesinato del niño Vegas Pérez: “El Chino” Cano. El único, por cierto, que fue inculpada por el escándalo del gigantesco fraude de Recadi, en 1983, fue Ho Fuk Wing, conocido luego como “El Chinito” de Recadi. Después, en 1989, aparecen otros dos responsables: también chinos. Al humor –o jodedera– del venezolano le dio por in-

ventar la conjugación del verbo “amar a Mao” en tiempo presente, que comenzaba: “Yo amo a Mao, tú...”, siga usted lector, lectora.

Chinito tilal coñiazos

En la década de los 60 era ultrapopular la lucha libre, y eran célebres los combates entre El Dragón Chino y Bassil Batah. El Dragón Chino era un chileno de nombre Carlos Wilson Presing, paisano de otro felino: El Tigrito del Ring que vivía en Altavista. Otros gladiadores con nombres chinos eran Ling Sung y Fu Manchú, nombre tomado del personaje que creó Sax Romer en 1913: un chino malvado que odiaba a Occidente y que dio origen a las películas seriales Fu Manchú, que aquí en Catia se presentó en 1951 en el teatro Venezuela. Los tambores de Fu Manchú, y luego otras hasta 1968 que se proyectaron en el teatro Pérez Bonalde: El rostro de Fu Manchú y Las 13 novias de Fu Manchú. Además del misterio y la maldad el cine gringo, proyectó otra faceta de los chinos: el tiracoñazo marcial o karateca.

Así fue en los teatros de Catia, desde que, en 1937, en el teatro Bolívar proyectaron Charli Chang en la ópera hasta que se desató la fiebre de Bruce Lee y sus imitadores en los años 70 y puso a niños y a adultos a gritar, tirar patadas y pegarse con unos nunchacos desplazando así a los barrigones de la lucha libre. Para reafirmar esta fiebre se popularizó de 1972 a 1975, la serie Kung fu, en donde David Carradine hacía el papel del shaolín Kwai Chang Caine que recordaba a la inmigración china que en 1860 construyó la red ferroviaria de los Estados Unidos antes de irse a construir el Canal de Panamá. El 2 de febrero de 1932, en el teatro Bolívar, de la avenida Sucre, el misterio que rodeaba a los chinos quedó patentizado con la presentación en vivo del acto de evasión y decapitación de Li Ho Chang, y en marzo de 1942 en ese mismo teatro, se presenta otro mago Chang con su compañía de estampas, magia y leyendas de China.



Más caliente que plancha e' chino, otras de las frases del ingenio popular.

La China de hoy

Con mucha paciencia, China es hoy una de las principales potencias económicas, políticas y tecnológicas, convertida así en una auténtica tortura para los Estados Unidos. Desde la llegada del presidente Hugo Chávez las relaciones comerciales y culturales aumentaron notablemente. De la misma forma ha aumentado la población china y su descendencia en Catia. De los discretos abastos y quincallas ahora tienen bajo su control casi todo el comercio de alimentos en grandes supermercados y distribuidoras situados en toda la parroquia pero, principalmente, en el sector Nueva Caracas donde incluso han desplazado de la calle Colombia a la colonia árabe, quienes tradicionalmente la habían ocupado toda con sus tiendas de electrodomésticos, sus panaderías, cafés, restaurantes y locales para arreglar zapatos. En la actual situación son muchos los parroquianos que se quejan de la ahora nada discreta presencia de chinos responsabilizándolos del alto costo de los alimentos. Por otra parte aunque menos discretos, y pese a la numerosa descendencia que han creado las anteriores generaciones de chinos, siguen ensimismados en sus costumbres y su insistencia de no mezclarse como los otros extranjeros, con el resto de la población.

De cómo un árabe en Catia le ponía las tapitas a las muchachas

En esta populosa zona de la capital había árabes marchantes

“¡Zaaabateroo!” cantaba el hombre, “¡zaaabateroo!” era la forma de anunciarse a la clientela del barrio, la urbanización o el vecindario, que ya lo había incorporado a su cotidianidad y que le respondía, con toda confianza, desde la casa o el apartamento: “¡Jabibi, ven sube!”, “¡allaa voy baisana!” –o marchanta– respondía él. En una mano llevaba un cajón con sus aperos de trabajo, y sobre la espalda una bolsa con cueros junto a otros materiales. Había otros dos paisanos del zapatero que transitaban por el vecindario, ofreciendo sus servicios o mercancías: el amolador que se anunciaba con un silbato de sonido inconfundible que creaba todo un espectáculo de chispas, que parecían luces de bengala, saltapericos silentes o rayos de la pistola espacial de Flash Gordon que saltaban prisioneros detrás de un plástico rojo al accionar el gatillo plateado; el otro era el “coterero” –porque cobraba por cuotas– y vendía desde cubrecamas hasta



planchas de ropa, y que transaba deudas interminables con sus clientas con las que acordaba pagos de 1 y 2 bolívares semanales, rebajándolas en un cartoncito azul que perforaba después de cada pago.

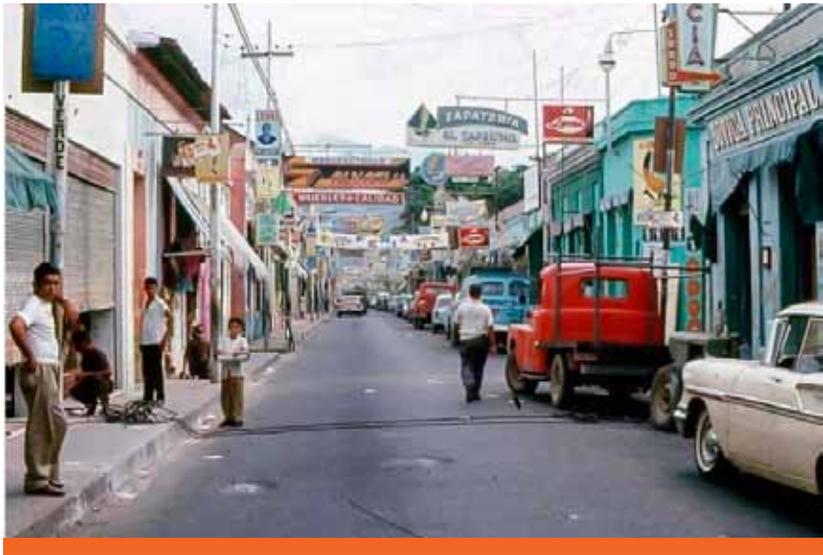
Las distintas nacionalidades árabes, principalmente la siria y la libanesa, desde su llegada en el siglo anterior, ya eran parte del paisaje cultural de la parroquia. A finales del 59 George Bechara (abú Karin) junto a su esposa e hijos crea el primer restaurant de comida árabe, aledaño al bar Las Tres Lunas; los sirios de confesión maronita fundan la Iglesia de San Jorge en la calle México con primera transversal. El resto de la colonia despliega su actividad comercial principalmente en la calle Colombia, donde comparte con judíos y armenios, y en la avenida Sucre dedicándose, principalmente, a la venta de muebles, telas y electrodo-

mésticos. En 1962, en medio de la violencia de aquellos años, estalla una bomba en el club sirio-libanés de Catia y es creada, en la calle Colombia, la panadería La Flor de Trípoli. Esa cuadra bien podría llamársele del sabor árabe porque allí se crearían el Camel Café, La Casa del Sandwich y la panadería Camel de los hermanos Nader y Nasef Redwan. Más adelante se les agregaría El Arabito.

Los árabes llegaron en realidad a Venezuela en los baúles, y el habla de los españoles a quienes habían sometido por ocho siglos. A finales del siglo XIX ya se habían asentado en Caño Amarillo, donde Nayib Lahoud montaría la tenería del mismo nombre. La llegada a Venezuela no pudo ser detenida ni siquiera con la Ley de Colonización e Inmigración, aprobada en 1937. De corte racista, prohibía, además, la entrada de negros, chinos y árabes, y que según sus mentores, era para “blanquear el país”, ya que de acuerdo a uno de sus principales formuladores, la inmigración debía ser blanca, europea y norteamericana. No obstante, este impedimento la colonia árabe se las ingenió para seguir creciendo y seguir realizando su labor de mercaderes que le es tan propia, y montando talleres de zapatería de los que hoy sobreviven unos pocos, completaron la labor de los ¡zaabateeros! domiciliarios.

Catia era un corral de chivos

Fue muy lento el poblamiento de Catia al punto de que para 1870 apenas tenía una población de unos mil habitantes. Para finales de ese siglo tenía una incipiente industria compuesta por alfarerías y dos tenerías: la de Paúl y hermanos, y la de José Boccardo quien se inició en la fabricación de botas para los militares y policías de Caracas. A estas se agregan, tiempo después, la de Nayib Lahoud, la Oropal y Los Robles. La industria del calzado encontró en Catia la horma adecuada para el desarrollo de una actividad que tuvo una decisiva influencia en la vida económica, política y cultural de la parroquia hasta los años 80. Caído el “gomecis-



mo” en 1936, son los zapateros de Catia los primeros en manifestarse a favor de las libertades democráticas a través de la huelga de ese año a los dueños de Boccardo, Benarroch y Saba hermanos. Estuvieron agrupados en la recién formada Federación Sindical de Zapateros del Distrito Federal, y levantan la acción gremial solo cuando en octubre de ese año se llega a un acuerdo favorable. Diez años después, en septiembre, estallaría la huelga contra cinco fábricas zapateras. Ese año 36 se instala en la esquina de Nacimiento, avenida Sucre, la fábrica nacional de hormas, y en los 40 Francel Ramia crea una fábrica de tacones a la que luego le agregan la producción de peines. En 1942 se crea un taller de zapatería en la cárcel Modelo. En septiembre de 1946 son inaugurados los talleres de Benacerraf que prometían fabricar un par de zapatos cada treinta segundos. Catia se convirtió entonces en la principal productora de calzado y distribuidora de materiales para su fabricación. Se llegaron a producir todo tipo de calzados: industrial, infantil, femenino, deportivos, además de carteras, correas y chaquetas. En los años 40 a esta actividad fabril se van a incorporar los europeos, especialmente los italianos, con su experiencia en el diseño. Además de fabricante importante, Catia se

convierte también en la principal expendedora de calzado al instalarse en sus principales avenidas numerosas zapaterías.

Era tal la abundancia de fábricas, que los jóvenes parroquianos que se incorporaban al trabajo, buscaban en esas fábricas su iniciación laboral. Esas empresas para evadir sus responsabilidades fiscales crearon decenas de talleres familiares que cubrían varias fases de la producción, hasta llegar a las fábricas donde se ensamblaban. El éxito comercial de las fábricas de zapatos era tal que muchas exportaban su producción. Jóvenes como los hermanos Francisco e Inocente Carreño, alternaron su oficio de zapateros con sus estudios musicales. Lo mismo hizo José Castro, uno de los fundadores de la orquesta catiense “Sonero Clásico del Caribe”. Carlos Emilio Landaeta, otro de los fundadores de esa agrupación, “pan con queso”, inventó sus famosas marcas de cuero utilizando la materia prima de las tenerías de Catia.

Caminando en los zapatos de la muerte

José Patiño asesinó al alpargatero García Chacón en abril del 1963. En noviembre de ese mismo año robaron una fábrica de zapatos en la calle El Atlántico. Ya había sido atracada en 1942 la fábrica de hormas en la avenida Sucre, y habían atrapado a Lorenzo Acevedo por robar una alpargatería en Las Tinajitas, avenida Sucre en 1936. En diciembre de 1968, estalla una bomba en la calle Argentina, hecho que es atribuido a la guerrilla urbana. Allí mueren una niña y la italiana María Costa: encargada de la fábrica de calzados La Popular de Guarderian Klikon. En 1972 una comisión de Interpol atrapa, en Ruperto Lugo, a Victorino Campagniolo Razzano de 37 años, de profesión zapatero y dueño de la fábrica de zapatos Mahna, ubicada en Cútira. Se le señalaba como un cabecilla mafioso que huyó de Italia luego de estafar varios bancos. Había llegado a Venezuela desde Colombia en 1968.

En 1979 hubo un incendio en zapatería La Sultanita, propiedad de

Visconti Filauro. Las pérdidas fueron calculadas en un millón de bolívares. Después de ese episodio no se había oído más sobre casos de hampa o tragedias relacionadas con el calzado, hasta que a finales de los años 80 comienzan los asesinatos producto del robo de “zapatos de marca”. Siempre fueron las estrellas de cine las que impusieron la moda del calzado: dos tonos, Luis XV, botas vaqueras, botines, zapatillas, suecos, machotes, plataforma –a los que llamaron pisamojones–, suela de corcho, sandalias romanas, suela espuma y otros más. Por cierto: “suelaespuma” era el alias de un temible torturador de la cárcel Modelo en tiempos de Pérez Jiménez. Pero llegó la televisión a colores y vía satélite por donde se transmitían los juegos de básquet de la NBA de los Estados Unidos con sus “grandes estrellas” realizando proezas deportivas admiradas por los jóvenes. En su indumentaria se destacaban enormes y llamativos zapatos. Eso coincidió con la ruina de las fábricas de zapato parroquiales producto de la importación sin control, y entre esta, una gran cantidad de zapatos de imitación provenientes de Colombia, Panamá y países asiáticos. Lo que se llamaba zapato deportivo o de goma pasó a ser el calzado de mayor preferencia entre la población, haciendo casi desaparecer el zapato de suela o “de vestir”, como se les decía. Los novedosos zapatos fueron la causa de que se cometieran horribles asesinatos en la persona, principalmente, de jóvenes que presumían orgullosos sus botas, seguramente creyéndose uno de sus admirados jugadores. Los zapatos deportivos que se fabricaban en Catia eran los “Super”, “el calzado aristocrático, así se promovían. Esta fábrica sufrió un incendio en 1953. Luego fueron los “Paseo” y los “Chan”: unos zapatos muy baratos que eran objeto de crítica y hasta de burla.

Cuero Ná Má

El oportuno, punzante y creativo humor del venezolano no podía dejar de hacer guasa con la actividad de los zapateros remendones y con



Fábrica de calzados opera en el Núcleo Endógeno Fabricio Ojeda.

todo lo relacionado con el calzado. La chanza comenzaba en los juegos infantiles con una canción que decía: “zapatero remendón, tira peo en el cajón”. Luego era frecuente oír a una mujer decirle a otra: “¡umjú mijita; ese carajito tuyo como que es hijo del jabibi”. Las tapitas eran unos adminículos que al desprenderse de los altos y muy delgados tacones Luis XV fabricados en Catia, ponían en aprietos a sus portadoras. Por eso, cuando una mujer pasaba por algún sitio malencarada cualquiera decía: “a esa como que se le cayó la tapita” o “a esa como que le hace falta que le pongan la tapita”. En un piropo subido de tono se preguntaba: ¿mami y a ti qué te gusta, la media suela o la suela entera?”. Una mujer podía rechazar las pretensiones amorosas de un hombre o sellar una ruptura sentimental expresando con desenfado: ¡sacúdete zapato viejo que ya no caminas! o si no, ¡qué va mijito, zapatea pa` otro lado! Las chancletas o cholas de plástico, o de goma al igual que las alpargatas estaban en el más bajo nivel de la clasificación del calzado. Así que cuando se quería ofender a alguien se le llamaba chancletúo, chancletero o alpargatúo, que era sinónimo de marginal, tierrúo y ordinario. Una mujer desengañada

podía decir, a modo de desprecio: Es que chancleta que yo me quito no la vuelvo a recoger.

A los hombres se les advertía que no debían andar en chancletas so pena de ser llamados maricos: solo se admitían como normales las cholas playeras. Como cholas se denominaban los testículos masculinos, o se acicateaba a otro para que actuara con más rapidez: “¡métele la chola o dale chola!. Alpargatúo era sinónimo de campuruzo o campesino, y “más ordinario que usar alpargatas con medias” era una comparación desagradable. Chancletúo era sinónimo de pobre y mediocre. A un hombre se le acusaba de “zapato prestaó” cuando el tamaño de su miembro era muy pequeño en relación con el tamaño de sus zapatos. Pero al que tenía el pie, o “el ñame grande” lo llamaban “patón” (como a Alejandro Carrasquel, nuestro primer grandeliga). Esto le ocurrió a un niño de 12 años que, en septiembre de 1950, fue a la zapatería del señor Torres, en Los Flores, a comprar unos zapatos talla 44. Torres, para no perder el cliente mandó a hacer la horma en la fábrica de Cútira. Los tacones y las chancletas eran también armas defensivas y disciplinarias. Una mujer iracunda con unos tacones en la mano era mucho el daño que podía hacer. “Te voy a da dos chancletazos pa’ que te quedes quieto” era una advertencia para el hijo inquieto. El que bailaba mal era porque lo hacía “zapateo”. Una persona díscola o agresiva cambiaba de comportamiento cuando se encontraba con la horma de su zapato. “Una piedra en el zapato” es sinónimo de obstáculo o de fastidio. Para rechazar la intromisión de alguien en determinado asunto se le advertía: “zapatero a su zapato”, y finalmente, zapatero significaba la victoria aplastante sobre el contrario en el juego de dominó.

Algunas de las trescientas fábricas de calzado que hubo en Catia fueron Calzados Jazpe de E. Maldonado, en 1951; Calzados Eterna, 1954, 7ma av. entre Perú y Brasil; La Superior, 1954, El Atlántico n° 17; Pony`s Shoe, 1958, de los hermanos Santy; Zillaconza, La cortada; Donicelli:

Dery, calle Perú; Botas de seguridad Standard; Pocholino, Plan de manzano; Onasis Shoes, calle México; Pepin, 1976; Semaflex (Paseo) avenida El Cuartel y calle Bolívar; Vencicon; Época; Chicolin. Bonanza, años 60; Super de Luis Ángel Socorro Castellano. Estos zapatos eran competidores de los populares US kids; Lucas; Laura; En el año de 1968 aparecen registradas en la guía telefónica las siguientes: Soler, calle El Club, Altavista; Framar, calle Perú; Griseppina, calle Argentina; Musco, calle Panamericana; Piemontese, calle México; Pieveneta, Los Flores; Regina, Altavista; San Judas Tadeo, calle Colombia; carteras Jenny, avenida Sucre; Carteras Lyne, avenida España; Napoleón, calle Brasil; Doria, Suelatex y muchas, muchas otras.

Se nos gastó la suela completa

Casi un siglo de tradición zapatera fue desapareciendo paulatinamente. Las máquinas caseras dejaron de coser y con ellas desaparecieron también los talleres familiares. La economía de puerto se impuso, y para los industriales del calzado resultó mas fácil y rentable la importación de inmensas cantidades de zapatos con dólares del gobierno. Una época de pujanza y esplendor se diluyó por la desidia y la falta de incentivos. Así pues, uno de los emblemas productivos de la parroquia junto con otros: como los textiles, el papel, la agroindustria y la pequeñas industria se extinguió definitivamente. Pero las manos de los catienses todavía conservan intacta la memoria del esfuerzo realizado por calzar a los venezolanos. El gobierno, en un intento por revivir esa industria, creó en el núcleo endógeno de Gramovén una industria fabricante de calzado quizás para no dejarnos como “los zapatos de Manacho” que todos lo sabemos, son de cartón, de cartón.

¿Se puede escribir guasap?

El castellano ha aceptado numerosas palabras de otros idiomas

La lengua es una construcción social que se caracteriza, entre otras cosas, por su dinamismo y adaptabilidad a los cambios socioculturales de sus usuarios o hablantes. No es estática y está en permanente evolución y creación como bien lo expresaba Andrés Bello: “... para la prudente libertad que las lenguas necesitan para seguir la marcha del tiempo y no convertirse en viviente anacronismo”. De no ser así, estaríamos hablando (¿o hablando?) el español que nos trajeron los españoles en sus gargantas, mezcla a su vez, de numerosas lenguas a través de los siglos, y erigido en su principal arma de conquista, colonización y dominación.

La elasticidad, plasticidad y hasta tolerancia de la lengua que hablamos se evidencia en la adaptación a nuestro acervo léxico de numerosas palabras y frases como préstamos de otras lenguas, y que revelan momentos precisos de nuestra historia, como por ejemplo la etapa que se inicia con la explotación petrolera. Las sucesivas oleadas de inmigrantes europeos, árabes, latinoamericanos, caribeños y asiáticos durante el siglo XX; la iniciación de la práctica deportiva; el inicio del proceso de industrialización hecho con maquinaria importada; la importación de diversos



La tolerancia del lenguaje es infinita.

productos de consumo en general; y la instalación de sistemas y aparatos de comunicación cuya fonética la hemos adecuado a la fonética nuestra, y de allí la hemos pasado a la escritura y ortografía. Si usted quiere comprobar esta afirmación dígame a un mecánico de autos que le nombre uno a uno los componentes del motor.

En la actualidad, las tecnologías de la información y comunicación han invadido nuestra cotidianidad con sus numerosos términos; otros han quedado para la jerga de los especialistas, y con ellos ha ocurrido lo que es obligado que suceda por causa de la imperiosa necesidad de comunicarse: su adaptación, no solo a nuestra forma de decir, sino también de sentir. Suena ridículo, pues, cuando dices “gmail” y alguien te corrige con lastimosa severidad: “se dice yimail” que suena así, con y, fonema que no es utilizado en nuestra lengua como sustituto de la g: nadie dice yimnasio, yimoteo, yinebra o yigante. O cuando alguien tuerce la mandíbula para decir “tuirer” creyendo que la fonética anglo es unívoca o universal. Ponga usted a un gringo a decir “Chichiriviche” y verá lo que sucede. Entonces ¿se puede escribir guasap? Sí: además el “gua” es un fonema o prefijo muy extendido en Venezuela, y el guá caraqueño es una adaptación del what’s inglés, como lo es “Aló” de hello (jelou). Y se puede escribir, también –ya lo verá en el futuro– feisbu, jadwuer, guaifai y pare de contar, como sucedió con guaya, macundales, muchingga, béisbol, güisqui, musiuú, coroto, alcalde, mamarracho, ¡la pinga! y un larguísimo etcétera.

*Publicado en Crónicas Comunes, compilación de Antonio Trujillo,
Fondo Editorial Fundarte, Alcaldía de Caracas, 2018*

Catia, laguna de babel. Con los pies pa'lante. Crónica de un velorio en Catia

Un muerto es un muerto, donde quiera que esté y en cualquier época, pero lo que lo hace distinto es el contexto ritual en el que se realiza la ceremonia de despedida. La muerte pone en evidencia los más profundos sentimientos de la gente: el amor, la lealtad, la tristeza, compasión, solidaridad y hasta el odio. La ritualidad expresa la manera de pensar y vivir de una comunidad en un momento, su pensamiento mágico religioso y su relación con los misterios que envuelven el mundo ignoto del más allá, cuyas reglas no escritas también rigen en el mundo de los vivos: sus hierofanías.

Con los pies pa'lante es, además de una indicación ritual, una amenaza directa comparable a otras más o menos elegantes e irónicas, pero más expresivas y sonoras como, por ejemplo: las que comienzan con la frase “te voy a dejá pega”, abollao o abolliao, en el sitio, tieso, frío, en el piso, o “con el mosquero en la boca”. Están también las que comienzan con “te voy a...”: “a mandá pa'l otro mundo”, “a tomá chocolate!” y otras, como: “busca tu muerte natural” y “juuum; hueles a formol”. Cuando los catienses vivíamos en la oscurana, y envueltos en la gélida neblina que bajaba ruidosa y murmuradora al final de la tarde de los cerros ad-

yacentes, y que los catienses llamaban “la bruja”, la muerte de cualquier vecino se convertía en un acontecimiento que alteraba la normalidad de la rutina rural y bucólica de entonces.

El alumbrado público seguía siendo deficiente aún después de cambiar de gas a electricidad; apenas en el año 1930, se invitaba por la prensa, a estrenar las nuevas luces de la avenida España en la, aún en construcción, Nueva Caracas, por eso, no desaparecía la figura del sereno anunciando el pasar de las horas. Las tinieblas envolvían, entonces, el deceso en un aura de misterio, y lo convertían en una advertencia para no andar por esos caminos solitarios sobresaltado por los repentinos aullidos de los perros, y la delación de las pisadas en las hojas secas, y menos en las cercanías de la casa del difunto a la que se le colocaba una cinta negra para anunciar a los vecinos el suceso. Todos los viandantes se persignaban en señal de respeto, así les fuera desconocido el fallecido. Las creencias religiosas en la dualidad del ser en cuerpo y alma y, además, los costos funerarios hacían de obligatorio cumplimiento el velorio en la casa del difunto, a quien había que ayudar para que emprendiera su definitivo vuelo hacia la ultratumba. Por eso se realizaban los rezos durante día y medio, lo que se completaba con nueve días más, como una forma de asegurarse que el alma del fallecido no se quedara murmurando por los rincones de la casa, o apagando velas y luces repentinamente, o batiendo puertas y ventanas.

El difunto y los otros protagonistas

La ceremonia fúnebre se convertía en un acontecimiento que ponía de relieve el entramado de relaciones existentes en la comunidad: las alianzas, las jerarquías y hasta los conflictos. Aún siendo un hecho luctuoso, significaba también un momento de compartir juntos y, para otros, era una oportunidad de exhibirse. La protagónica mudez del difunto era compartida por personajes secundarios pero importantes en la realiza-

ción del rito funerario. El rezandero, por ejemplo, era el que conducía el rosario y, generalmente, asumía ese papel en la comunidad. Acto seguido hacía su aparición el típico borrachito del barrio quien, así el difunto hubiera quedado en muy malas condiciones, se acercaba al ataúd y expresaba: “quedó igualito”. Luego y con desparpajo, se dirigía a los familiares del fallecido para darles el pésame y decirles: “¡no somos nada!”.

Si dentro de la casa todo era murmullos rezanderos: afuera se hacían diferentes grupos para conversar animadamente recordando al difunto y afirmando, si la muerte hubiere ocurrido en forma natural: “se lo llevó la pelona”, “no matriculó”, “se quedó dormido para siempre”, “el señor lo acogió en su seno”, “murió cristianamente” o “estiró la pata”, “y adiós luz que te apagaste”. En cambio, si el hecho ocurrió violentamente las expresiones típicas eran: “le dieron chicharrón”, “le dieron matarile”, o alguna de las señaladas al inicio de esta crónica. Los invitados se congregaban alrededor de personajes como “el memorioso” quien llevaba una relación de los sucesos fúnebres ocurridos en la comunidad y los comparaba con el acontecimiento reciente. Más allá se arremolinaba la gente para disfrutar, lo más discretamente posible, de las graciosas ocurrencias del “cuenta chistes”, pintoresco personaje que, en medio del dolor, hacía las delicias de los concurrentes con sus chistes sobre muertos y otras temáticas. Sus cómplices se tapaban la boca o se “tragaban” las carcajadas para no irrespetar a los familiares del homenajeado. Este personaje era heredero de otro que, en los velorios de la gente rica, se le llamaba animador de velorios, y que a diferencia del primero se dedicaba a realizar intervenciones menos procaces e hilarantes pero que llevaban la intención de distender el pesado momento alabando al difunto.

Los gastos y el bastimento

Cuando se traía el cadáver del difunto o difunta a la casa, se le vestía con sus mejores trajes, incluso se le colocaba corbata, si las tenía claro. Esos

trajes podían ser, en el caso de los hombres, de los comprados en las tiendas de la avenida España por el sistema de apartados, o realizados por los excelentes sastres que en Catia había, y hecho con telas también fabricadas en la parroquia en la que estaban la mayoría y principales textileras de Caracas (Saturno, Carabobo, Venezolana, Jacquard entre muchas otras). En el caso de las mujeres se les colocaba trajes comprados en las tiendas Selemar, VAN, Rebeca etc, o si no de los realizados por las virtuosas manos de las modistas o costureras del barrio. El calzado era otra parte de la indumentaria que también era fabricado en Catia, en la que se congregaban la mayoría y los más importantes de los fabricantes de zapatos de la ciudad (Bonanza, Super, Paseo, Lucas, Laura, Pocholino etc.) Por cierto, era en uno de esos accesorios en el que al fallecido se le colocaba una moneda para descubrir a su asesino, en caso de que éste hubiese muerto por esa causa.

Algunas familias, con capacidad económica, solían enviar tarjetas de invitación a sus más allegados y publicar un obituario por los periódicos. En el primer caso se mandaban a realizar, de urgencia, en las numerosas tipografías diseminadas por toda la parroquia y que completaban el emporio gráfico y papelerero de la zona (Papelera Venezolana, Papelera Industrial, Industrias del Cartonaje, Montana Gráfica, entre otras). Los principales insumos utilizados en la fúnebre ceremonia, también eran obra de la laboriosidad de los catienses. El chocolate por ejemplo, tan distintivo en los velorios, provenía de chocolates La India y se ligaba, para su preparación, con la leche Silsa, procesada muy cerca de esta empresa. ¿Y el café? Procedía de alguna de las torrefactoras ubicadas en la zona industrial como El Negrito, El Peñón, La Cosechera, Minerva, Almendra. Incluso, hasta el licor que se consumía de caleta o clandestinamente era la guarapita o el zamurito preparados por “el médico asesino” en el bar Orinoco de la calle Colombia.

El momento que anunciaba la conclusión de la ceremonia lo realiza-

ba un personaje como enviado de ultratumba que se aparecía con una bombona y un soplete que escupía un fuego que murmuraba extraños lamentos; cada accionar de la infernal máquina era como abrirle la puerta a las ánimas plañideras en disputa por el alma del fenecido. Cumplida la tarea por el sopletero de sellar la urna, se sacaba al difunto, con los “pies pa’ lante” en procesión hasta llegar a la carroza fúnebre en la que los que cargaban la urna ejecutaban un paseito, tres veces hacia atrás y tres hacia delante, que simbolizaba la negativa del difunto en irse de este mundo y de los vivos a dejarlo ir.

Este paseito no se lo pudieron realizar a Basilisia, madama del Costa Azul, burdel famoso que quedaba en la calle el Cristo con Bolívar, debido a que, por su sobrepeso, fue necesario romper una pared para sacarla con un montacargas. Tampoco recibió el tradicional paseo la mujer del árabe, “Cecilia”; un hombre que se distinguía por exhibir, mediante una enorme y permanente sonrisa, su dentadura de oro. Cecilia encontró, en su casa a su mujer, muerta, y junto con sus hijos la montó en una carretilla donde solía llevar sus mercancías y la paseó por toda la calle El Cristo hasta llegar al hospital Periférico de Catia .

Y el diente de oro se ve brillando

En 1942 se desató un escándalo en Caracas porque fueron profanadas unas tumbas en el cementerio General del Sur, para extraerles a los difuntos su dentadura de oro. Durante décadas del siglo pasado los odontólogos, o dentistas, acostumbraban usar un procedimiento llamado “orificación”, el cual consistía en colocar oro en las piezas dentales de sus pacientes que los lucían y presumían al igual que los muchachos de hoy lo hacen con los brakes. Pero el áureo bucal traía consecuencias negativas. En cualquier esquina un maleante podía asaltar, al presumido portador, no con una pistola sino con un alicate, y en vez de ordenar “¡arriba las manos ¡”, decir “¡abre la boca!”. En los hospitales los proble-

mas a causa del oro bucal eran frecuentes: si el portador era cadáver lo devolvían sin las piezas brillantes, y si estaba vivo se llevaba muchas veces la sorpresa de no tener la dorada sonrisa. Algo similar le ocurrió al árabe Cecilia cuando unos ladrones penetraron en su casa, en La calle Bolívar, y además de cargar con violencia objetos de valor, lo mataron y luego, ya cadáver, le extrajeron toda la dentadura que tanto presumía con su permanente sonrisa.

En el velorio de ladrón famoso o en el de un comunista ultroso

Si un velorio cualquiera provocaba el interés de la comunidad, más lo causaba el de un delincuente con leyenda; uno de esos tipos que eran vistos como vengadores y justicieros por ser de los que atracaban un camión con alimentos, por ejemplo, y repartían su contenido entre la gente necesitada. O de los que aún siendo muy violentos se conmovían ante una madre con hijos enfermos y sin dinero para las medicinas. Estaban también los malandros arrojados y los evasivos, la gente tendía a creer que tenían pacto con el diablo para convertirse en cualquier cosa al momento en que la policía casi los capturaba. Así sucedió con “El Picure” (el de Catia) con “Petróleo Crudo”, cuando lo mataron en la Cárcel Modelo en el año 1945, con el “Ismaelito”, que aunque no era de Catia, tenía sucursal del crimen en ella a través de sus socios y compinches. Uno de ellos era Luis Sánchez “El Ratón”, velado en el barrio Ciudad Tablitas, y del que se vino a saber en el momento del velorio y cuando una tía se acercó a colocar una ofrenda floral sobre su urna, que su verdadero nombre era Ospino Celedonio Capote. En los velorios de malandros la gente estaba bien consciente de que la policía tenía agentes infiltrados para conocer más sobre las conexiones y amistades del occiso, y por ello procuraba no hablar más de la cuenta para evitar delaciones.

Los decesos de camaradas y revolucionarios también provocaban la solidaridad y simpatía de la gente de la comunidad a la que pertenecía el

fallecido, y de las zonas aledañas y de los otros camaradas que rendían respetuoso homenaje al caído en combate. En tales velorios se imponía el sigilo, el rumor, el murmullo, el “¡pssss!”, el “¡mosca!, que por ahí anda el gobierno” o la “jara”. Así que la circunstancia de saberse observados por cuerpos policiales que apostaban sus efectivos cerca del lugar del velorio, dispuestos a irrumpir violentamente para hacer una redada entre los asistentes o secuestrar, con saña y perversidad, el cadáver del homenajeado, -¿Para hacerle un ultimo “interrogatorio”? ¿algo se les había olvidado?- hacía que el velatorio transcurriera en un clima de tensión creciente.

Así sucedió en el velorio de un camarada en Propatria, uno de los cardúmenes ñángaras de Catia, en el año 1970 cuando, para evitar el secuestro de sus restos, se decidió hacerle una ceremonia doble, si en una casa y bajo el nombre de una anciana ya muerta para esos días yacía el cadáver auténtico del camarada muerto en un lance con la policía, y por la traición de “Abel”, un infiltrado, delator, sapo y pajúo que, con sus delaciones, logró diezmar el movimiento revolucionario de por esos lados. En otra casa y en calle contigua, se utilizó una urna sellada para encubrir que estaba llena de pesadas piedras. Esta casa era la de entrada libre y espontanea de todo el que quisiera ir. Sí, cerca estaba la policía, que aquel año había estrenado nombre (de Digepol por Disip) pero con los mismos elementos seguranales y batisteros, cerca también estaban los comandos revolucionarios pendientes de evitar la profanación del cadáver. Muchos de los asistentes estaban conscientes de esto y eso les daba una emoción extra.

Como se esperaba: La policía irrumpió violentamente y con gestos holywoodenses, para llevarse su cadáver trofeo. Se oyeron disparos y gritos de gente que corría y mentaba madres a los policías; de un superbloque lanzaron un colchón matrimonial que fue utilizado, luego, como barrera de los amigos del camarada. Dentro de la casa, un policía

estaba sorprendido de tener en sus manos una de las aldabas del ataúd, otro de apellido Soto y con acento maracucho lanzaba imprecaciones: “vergación , ahora si la jodimos con el vergajo este, que pesa más que un camión de piedras”. Afuera la terquedad de la gente armada de consignas y cánticos que avanzaba y retrocedía a cada momento, respaldadas desde los bloques y casas aledañas hizo que, ante la imposibilidad de sacar la pesada urna, y viendo que cada vez se sumaba más gente , la comisión desistiera de su objetivo. El jefe de comisión, con marcado acento cubano dio la lacónica orden de retirada: “vámonos que estos come mietda nos jodieron”. Al irse, bajo una atronadora pita y una lluvia de objetos contundentes, el pueblo asistente salió corriendo y tomó su ataúd que pesaba menos que una pluma, y lo llevó a la carroza fúnebre en emocionada procesión hasta su última morada, en la tumba de la señora presantombres, que ya le había dado postrera acogida al revolucionario de verdad.

El cementerio de Catia, los locos y las funerarias

En Catia hubo un cementerio que fue creado en 1867 al lado del Hospital Militar que se había erigido en casa que fue de Vicente Lecuna. El camposanto estaba destinado a los militares que morían en ese hospital, aunque excepcionalmente y hasta de manera clandestina se enterraba uno que otro civil, vecino de la zona.

El cementerio fue clausurado al igual que el resto que había en Caracas cuando, en 1870, se inauguró el Cementerio General del Sur, o “tierra de jugo. Luego en 1892 se ordena la construcción, en ese mismo espacio, del Asilo de Enajenados que será, más adelante, el hospital psiquiátrico o manicomio de Caracas.

Indica la tradición que la primera agencia funeraria de Caracas data de 1846. Pero era un servicio que era usado de forma integral por los sectores sociales adinerados que no perdían la oportunidad de hacer

ostentación convirtiendo el acto fúnebre en otro acontecimiento social. Pero los sectores populares sólo tomaban de las empresas funerarias lo esencial para la ceremonia. Los demasiado pobres eran velados en urnas prestadas que debían ser devueltas al depositar el cadáver en el cementerio. Pero hubo quienes tuvieron que ingeniárselas para improvisar ataúdes hechos con retazos de maderas. Más aún, en el caso de niños muertos se llegó a utilizar las cajas de madera en donde venían los envases de la leche. Cuando se llenaron los cerros de ranchos, más de un difunto tuvo que ser sacado con mecates desde los precipicios donde había vivido.

En Catia, no fue sino hasta avanzada la década de 1970 cuando se comenzaron a utilizar las funerarias de manera frecuente hasta que en 1990 prácticamente desaparece la costumbre del velorio domiciliario para hacerlo, definitivamente en esas empresas, y los rezos en las iglesias de la parroquia.

El dato más antiguo que he localizado de la utilización de esos servicios, es del 29 de abril de 1938 en el diario La Esfera y dice: “Ha fallecido cristianamente la señora Martina Camacho de Ruiz. Las limosinas esperarán en el puente de Catia, entrada de carretera a La Guaira”. De la misma forma he localizado dos obituarios en el Nuevo Diario que dicen: el primero: “Ha fallecido el niño Domingo Ramón. Buena Vista a Tinajitas n° 18”. El segundo dice: “Ha fallecido cristianamente el niño César Emilio. Alcabala de Catia- Domingo 29 de Marzo de 1925”.

En 1952 hizo su debut en el negocio funerario en Catia la funeraria La Milagrosa, que invitaba a pagar un seguro por Bs 1 mensual que aseguraba ataúd, carroza, bóveda, derechos religiosos y dos carros. El mismo día de su estreno prestó su primer servicio de 1.040 Bs, por el que sólo había recibido dos, a la señora Carmen Cecilia Linares de Rodríguez del bloque 9 de Urdaneta. Premio que, por supuesto no recibió la difunta sino su hijo.

Ante la arraigada costumbre del velorio en casa, las empresas fúnebres desarrollaron diversas estrategias de venta. Cada una estaba afiliada a una empresa de seguros que vendía sus productos mediante un contrato y un cartoncito donde se iban perforando las cuotas o colocán dote unos mediecitos por cada una que cancelaba. Otra estrategia que crearon las empresas funerarias para captar clientes fue la del promotor que la gente dio en motejar como “Zamuros” o “comemuertos” porque para sus ventas se apostaban en los hospitales y centros de salud esperando que ocurriera algún deceso o, antes que sucediera, hablaban con los familiares ofreciendo sus servicios como quien vendía cualquier otra cosa. Las disputas entre funerarias por esta causa eran frecuentes. Así ocurrió en julio de 1964, cuando se detuvo por veinticuatro horas el sepelio de Paulo Roque Pérez porque las funerarias Minerva y La Comomoto, ambas de Catia, se disputaban el servicio y tuvo que intervenir el Jefe Civil, Enrique Weir, para facilitar que se le rindieran al difunto los debidos actos fúnebres. Uno de esos agentes funerarios, José Sabino Quintana, quien laboraba para la funeraria La Fe, murió de un ataque cardíaco cuando bailaba animadamente, una canción que había sido prohibida por la censura en el año 1945 por tener doble sentido: “y hace un mes que no bailo el muñeco, y hace un mes” se le oyó decir al hombre por última vez antes de caer fulminado. La empresa solo le reconoció, como empleado, la mitad del servicio.

En noviembre de 1952, ocurre otro de esos hechos curiosos relacionados con las funerarias. Y es que la señora Socorro Bastidas, residente en Cúrtira, le dio una pedrada en el ojo a su yerno Félix Zambrano, al negarse éste último, a pagar los sevicios funerarios de su esposa, hija de la señora Bastidas. En febrero de 1964 jugadores de carnaval, en Propatria, secuestran el cadáver de uno de los jugadores a quien le dio un infarto y evitan que la funeraria lo trasladara para su velorio. Al lado de la funeraria La Fe quedaba la cervecería Río Valencia. Era frecuente ver

a los deudos de los difuntos ahogando sus tristezas en el alcohol que ahí expendían. Lo malo resultaba cuando se pasaban de tragos y al cobrarles el mesonero la cuenta, los afligidos deudos sólo respondían: “No somos nada”.

El 27 de febrero de 1989 las leyes del mercado, en general, y las del mercado funerario en particular, se hicieron añicos, como casi le ocurre al país, porque la demanda de urnas superó ampliamente la oferta. Aún no se sabe con exactitud cuántas muertes hubo ese día y en los subsiguientes, pero las empresas funerarias no fueron suficientes para garantizarle a los masacrados un ataúd en donde guardar sus restos. Peor aún: a los menesterosos de siempre sólo una bolsa negra les dio un último cobijo para que sus despojos fueran lanzados a un osario común llamado “la peste”.

Similar situación ocurrió el 27 de noviembre de 1992 cuando la policía Metropolitana y la Guardia Nacional acribillaron a más de 200 presos de la cárcel de Los Flores o Retén de Catia. Entonces tampoco hubo cama pa’ tanta gente, ni urnas pa’ tanta muerte.

Los velorios de ahora

Creo ubicar que fue a mediados de del año 1980, cuando comienza una nueva modalidad delictiva la de matar para obtener zapatos de “marca” cuando muere definitivamente la tradición del velorio casero rodeado de boato, respeto reverencial por los difuntos y apego a un antiguo legado cultural.

Desde esa fecha se confeccionó una manera distinta de hacer y entender la ceremonia funeraria restándole, incluso, el misterio en que otrora estuvo envuelta. Para unos se convirtió, sin disimulos, en mero trámite comercial: en un servicio, pues; para otros en una despedida dolorosa, claro, pero de la cual hay que salir rápidamente para evitar recargos monetarios. El difunto es sacado, como antes, con los pies pa’lante pero sin

aquel paseillo simbólico de antaño; sólo se le levanta y deposita en la carroza y ya, listo: para el cementerio o para los hornos crematorios que es de uso frecuente.

Ya no se usan las dentaduras de oro, pero a los profanadores de tumbas los llaman “mineros” por andar buscando el oro en la boca de los enterrados en el camposanto. Hay otra especie de profanadores: los “paleros” que utilizan los restos de los difuntos para la hechicería y que no se dan cuenta que la paz de los sepulcros es también la paz de los vivos. Los velorios de los malandros se han convertido en vulgar imitación de la películas de matones y mafiosos del cine y la TV. El ataúd es rodeado por ruidosas motocicletas y acompañamiento musical de escandalosos vallenatos, el rugir estruendoso de las motos y hasta una lluvia de disparos.

Los muertos y los vivos han cambiado mucho, amigo lector, descanse en paz.

